

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS

Lou Carrigan

**HUELLAS
PELIGROSAS**





**SERVICIO
SECRETO**



LOU CARRIGAN

HUELLAS PELIGROSAS

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.794
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

**ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:**

**Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Roja
Búfalo Serie Azul
Selección Terror
La Conquista del Espacio**

2.ª edición en esta colección en España: marzo, 1985

2.ª edición en esta colección en América: septiembre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, S. 08006 Barcelona (España)

© Lou Carrigan - 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela
así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente
de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,
entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 84-02-02513-7 / Depósito legal: B. 5.690-1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152. km 21.650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1985

PRELUDIO

Hacía ya varios minutos que Raymond W. Tolson se encontraba completamente a oscuras en la estancia. No necesitaba la luz para nada; tan sólo el oído y el tacto entraban en juego en aquella ocasión; unos dedos pegados al dial de combinación de una caja fuerte, y oídos atentos a cualquier sonido.

Raymond W. Tolson empezaba a sentirse envarado; se sentía enfermo, además. Estaba empapado en sudor, sentía que algo temblaba por el interior de todo su cuerpo. No obstante, seguía con los dedos manipulando el dial de la combinación, y el oído atento.

No podía fallar.

Lo había preparado todo demasiado bien; con paciencia, con astucia, con una vigilancia constante, agotadora. Aquél era su momento; o lo conseguía entonces, o no lo lograría jamás. No era corriente que a Nu Sama Sinwa, el viejo birmano con aspecto de «bonzo» budista, le dejaran solo. Nu Sama Sinwa era demasiado viejo ya. Y aquella noche estaba solo. Estaba en aquella especie de pagoda particular que tenía en su quinta, en Inwood Hill, Nueva York.

Raymond W. Tolson se había cerciorado de eso; el viejo birmano no sería un obstáculo.

Y llevaba ya casi veinte minutos manipulando con el dial; veinte minutos de angustias, temblores.

A sus cuarenta años, Tolson estaba avejentado, había sido la suya una vejez súbita. Se sentía casi sin fuerzas. Era un hombre alto, bien vestido, casi elegante, con aquel traje oscuro; tenía el cabello castaño, como los ojos.

De pronto, Raymond W. Tolson lanzó una exclamación de alegría; no pudo contenerla. Incluso se asustó, se tensó; pensó que

su exclamación podía haber sido oída por alguien. Pero era imposible; estaba solo en el interior de la quinta.

La caja estaba abierta; su contenido, a la vista.

Tolson extrajo su linterna, y dirigió el cono luminoso al interior de la caja. Pestañeó, evitando que una gota de sudor le penetrara en un ojo, y fue observando todo lo que había allí dentro; papeles, un poco de dinero, joyas de gran valor artístico, de clara factura oriental, unos libros, muy viejos también; quizá literatura sagrada para Nu Sama.

Lo fue examinando todo; papel por papel, legajo por legajo. En el fondo de la caja estaban los pergaminos; es decir, un buen rollo de papeles, documentos, envueltos en pergamino, sin inscripción alguna, y atados con una cinta de seda. Tolson deslió el rollo de papeles envueltos en pergamino, y tuvo que estirar los papeles, viciados por la forma en que se conservaban guardados.

A los dos minutos, Tolson llegó a la conclusión de que aquello era lo que buscaba.

Se sentía muy excitado; muy nervioso. Y aquellos malditos temblores... Sentía náuseas también, pero tenía que vencer sus aprensiones. Siguió trabajando, guardando todo en su sitio, a excepción de los documentos envueltos en pergamino, que se reservó.

Estaba ya a punto de cerrar la caja, tras observar que todo estaba como lo había encontrado, cuando se abrió la puerta y se encendió la luz del despacho de Nu Sama. Abrirse la puerta y encenderse la luz fue casi simultáneo.

Y Nu Sama entró en su despacho-biblioteca; al principio pareció incluso que el viejo birmano no había visto a Tolson. Pero era inevitable. Tolson destacaba demasiado bajo el cuadro que camuflaba la caja fuerte. Estaba palidísimo, en pie, con el legajo en la mano, muy quieto, mirando como fascinado a Nu Sama.

Éste era un hombre pequeño, de arrugada piel amarilla, calvo completamente. Los ojos, muy negros, como achicados por los párpados caídos, miraban sin expresión alguna a Tolson. Con su traje oscuro, de buen corte, parecía un viejo muñeco arrugado, construido de vieja cera amarillenta. Parecía imposible que de aquella boca pequeña y pálida pudiera brotar algún sonido; no obstante, sonó la voz de Nu Sama: una voz culta, calmada, en

perfecto inglés:

—¿Quién es usted? ¿Qué está naciendo?

Tolson miró en torno, como si las paredes, o las estanterías cargadas de libros, o la gran cortina, muy tupida, que había en el ventanal, pudieran serle útiles para salir de aquella situación.

—Creo que llamaré a la policía —dijo Nu Sama.

—Espere... no he robado nada... No me dio tiempo —vacilaba Tolson.

Nu Sama dirigió sus oblicuos ojos al suelo, donde aún estaba el legajo envuelto en pergamino.

—¿Quién es usted? —insistió—. ¿Sólo ha robado esos documentos?

Tolson estaba petrificado. No podía moverse, casi no podía hablar, notaba que iban a vencerle las náuseas, el temblor... Mientras, Nu Sama se dirigía hacia el escritorio, sobre el cual estaba el teléfono. En ese momento Nu Sama le había vuelto la espalda a Tolson, quien vio a aquella odiosa figurilla de cera amarillenta descolgar el teléfono. Era su final, si le dejaba hablar. No debía permitirle marcar el número del Police Department...

El instinto de conservación hizo actuar a Tolson. Se lanzó de pronto hacia el escritorio, dirigiendo la diestra hacia un pisapapeles de mármol; lo tomó, y, cuando Nu Sama se volvía hacia él, empezó a descargar golpes, como enloquecido. Al ver la sangre que manaba de la frente de su víctima, y de su pequeño cráneo calvo, pareció enardecerse más. Y estuvo golpeando hasta que Nu Sama, que sólo se había mantenido en pie porque se apoyaba en el borde de la mesa, se derrumbó, quedando tendido en el suelo, como desarticulado, con el rostro lleno de sangre, que empezaba a gotear manchando la alfombra.

Tras el crimen, Tolson cerró los ojos, y se quedó inmóvil, la mente en blanco, el cuerpo paralizado.

De repente, llegó la idea; tenía que llegar. Era el clavo ardiendo al que Tolson se aferró para ganar tiempo, para desconcertar a la policía. Y la puso en práctica de inmediato; se inclinó y agarró el cadáver del birmano. Pesaba tan poco... No fue, pues, difícil cargar con aquel cadáver, tomando la precaución de no manchar sus ropas de sangre.

Lo llevaba como si fuera un muñeco, o un bebé. Al llegar al

interruptor de la luz, junto al marco de la puerta, la apagó. Atravesó el vestíbulo de la quinta con su carga, y salió al exterior, donde el aire fresco le sentó muy mal; sus náuseas eran casi incontenibles; y el muñeco de cera amarillenta se agitaba a causa del temblor de los brazos de Tolson. Éste, venciendo de nuevo su malestar, casi corrió por el jardín, con Nu Sama en brazos. Iba en dirección a la pagoda que el birmano se había hecho construir. Un templo pequeño, con solamente una esfinge de Buda, en mármol, sin más adornos. La esfinge estaba en el fondo de la pequeña pagoda: lo demás, era terreno libre.

Llegó a la pagoda, dejó el cadáver en el suelo, y salió inmediatamente de allá, dirigiéndose hacia el garaje, en el que penetró a oscuras. Utilizó su linterna para orientarse, hasta descubrir lo que le interesaba: una lata de gasolina. Al tomarla, notó que había combustible, por el peso. Con la lata en la mano salió del garaje, de regreso a la pagoda. Dejó la linterna en el suelo; con la luz indirecta de aquella linterna tenía suficiente.

Miró, por unos instantes, el cadáver.

Luego, apretando los dientes, destapó la lata, aún tuvo una ligera vacilación antes de verter el combustible sobre Nu Sama, rociándolo completamente. Unos instantes más tarde, tras tirar la lata a un rincón, prendió fuego a las ropas del cadáver.

De inmediato, se alzó una fuerte llamarada, de tono azul violáceo con crestas rojizas; llamas que ensombrecían el rostro lívido de Raymond W. Tolson. Como hipnotizado, miraba el rostro de Nu Sama, que no tardaría en ser pasto de las llamas. Las manchas de sangre desaparecerían, y en el cráneo quemado, reducido a cenizas negruzcas, no quedarían huellas de los golpes...

Podía ser que lo creyeran: un «bonzo» se suicida. Uno más. ¿Por qué no? Creerían en el suicidio hasta que descubrieran la ausencia de aquellos documentos, aunque tal extremo no era competencia de la policía, sino de la Central Intelligence Agency. Y la CIA podría incluso creer que Nu Sama se había suicidado tras entregar los documentos.

Bien, ¿qué importaba? El estarla lejos. Y no había que hacerse ilusiones, ya que lo más probable era que se supiera la verdad.

Ya todo el cuerpo era una pura llama.

Tolson tenía que salir de la pagoda, recoger los documentos, que

habían quedado en el suelo, y huir.

Miró la estatuilla de mármol de Buda, enrojecida por el resplandor de las llamas.

—Que Buda te ilumine, Nu Sama... Y a mi también, claro... —susurró.

Instantes más tarde, abandonaba la pagoda, y cerraba el portón.

Corrió hacia la casa, por la quinta a oscuras. Tras recoger el legajo envuelto en pergamino, salió al exterior, y poco después abandonaba la quinta. Abajo, a sus pies, al pie de Inwood Hill, Manhattan era como una ruleta de luces; lejanas, pero muy altas. Luces de colores vivos rutilantes.

Se alejó a pie. Más adelante, cuando llegase a Cathedral Parkway, quizá tomaría un taxi, pero por el momento quería caminar, alejarse lo máximo posible de allí, antes de ser visto por alguien.

CAPÍTULO PRIMERO

En la penumbra del jardín, en un banco de mármol, con las cabezas próximas a las hojas y ramas de los arbustos floridos, había un hombre y una mujer. El hombre había encendido la llama de su encendedor, y prendía dos cigarrillos: uno de ellos lo colocó entre los labios de su compañera.

—Gracias, Nelson. Eres muy amable. ¿Qué te han parecido mis poesías?

—Magníficas, Eugenia. De veras: magníficas. Tienes sensibilidad, calor, la suficiente exaltación; eres ardiente, imaginativa. Te felicito.

—Nelson, eres maravilloso... Ni la crítica más favorable ha sido tan hermosa como ésta, como tus palabras. ¡Oh, pero quieres engañarme...! En la fiesta, la gente se ha aburrido cuando he empezado a recitar; les veía hacer notorios esfuerzos para evitar el bostezo.

Nelson sonrió.

—Tus poesías son buenas. Y eso es todo.

Eugenia Nahrada miró a Nelson a los ojos. Escrutó aquellas pupilas color gris ceniza, que le devolvían una mirada tranquila, serena, amable. Eugenia susurró:

—Lo notas, ¿verdad? Estoy temblando. No puedo evitarlo. Cuando estás delante de mí, es cuando de verdad siento que soy una persona inferior, una inválida; alguien que jamás podría ser plenamente feliz. A tu lado siento más mi desgracia, mi...

—Ya basta, Eugenia, te lo ruego.

—Perdona... Me he comportado como una histérica. Hemos salido al jardín para hablar de nuestras cosas, aunque el pretexto haya sido que yo deseaba pasear un poco al aire libre, con mi silla

de ruedas. Por tanto, lo único que te interesa es oír mi informe. ¿No es así?

—Creo que podemos aprovechar este momento.

Ella asentía con movimientos de su rubia cabeza. Era una mujer de algo menos de treinta años, espléndida, con un rostro bellísimo, y los ojos enormes, color miel. Elegante, distinguida en sus maneras, en su voz, en cualquier gesto. De vez en cuando, Eugenia miraba con tristeza infinita aquella silla de ruedas que estaba junto al banco de mármol. Nelson la había sentado en el banco, junto a él..., y allí estaba la silla, la señal de su inferioridad.

—¿Y bien? —inquirió Nelson.

—Se diría que la CIA ha perdido confianza en mí, Nelson —susurró de pronto, Eugenia.

—Imposible. Todos mis contactos gozan de total y ciega confianza en Washington. Pero me intrigas. ¿Por qué has dicho eso?

—Te he de trasladar un informe muy breve, e inconcreto, a mi entender.

Nelson alzó una rubia ceja, en señal de perplejidad.

—Interesante —dijo—. Veamos, Eugenia.

—Parece que la CIA da por descontado que conocías a un birmano llamado Nu Sama Sinwa.

Nelson palideció. No obstante, a causa de la oscuridad de aquella zona del jardín, Eugenia no pudo percatarse de ello.

—¿Le conocías?

—Sí... Sí, en efecto. Fue un *affaire* que realicé en Rangún. Pero hace ya casi cinco años. Sigue, Eugenia. ¿Qué ha ocurrido?

—Fue hallado en su quinta de Nueva York, quemado, a estilo «bonzo», en la pagoda que mandó construir en el jardín. Y de su caja fuerte desaparecieron unos documentos. Hasta que la CIA tomando cartas en el asunto, descubrió la ausencia de esos papeles, no parecía que el incidente hubiese de tener mayor trascendencia. Eso es lo ocurrido. Y ahora, voy a pasarte, casi literalmente, el informe que tengo para ti. Nu Sama fue asesinado previamente. Su asesino es un hombre que deja huellas radiactivas.

—No sé si comprendo.

—Ése es el informe: un asesino que deja huellas radiactivas. Se me pidió que alertase a mis medios de captación para descubrirle. En realidad, se le busca en todo el mundo. Creo que le he

encontrado yo, en Viena. En cuanto a las huellas radiactivas de que hablan, es un hecho material, controlado, probado. Muchos contadores «Geyger-Müller» han entrado en acción últimamente; y toda clase de aparatos y equipos de detección.

—¿Se sabe quién es ese hombre?

—No.

—Está bien. Sigue.

—Casi es todo... Al parecer, tú sabes muy bien qué hay que hacer con ese asesino radiactivo, que tiene en su poder unos documentos robados a Nu Sama Sinwa. Por lo demás, yo puedo decirte que creo tener localizado a ese hombre. Aparte de pistas seguidas, hay algunos detalles que pueden corroborar mis sospechas. Repito que no puedo asegurar nada, ni quien es el hombre, pero todo conduce a la baronesa de Seyss-Inquart; a su castillo, en Semmering, entre Viena y el Mar de Viena; ya sabes: el lago Neusiedler. Es probable que ese asesino se encuentre en el castillo de la baronesa.

—¿Se le ha visto?

—No. Lo sospechoso son otras presencias en ese castillo. Desde una hermosa mujer, con aire de intelectual, a tres hombres desconocidos en la aristocracia vienesa, y de quienes no he podido obtener informes. Ni sé siquiera sus nombres. Bien... yo diría que se trata de algo muy importante, Nelson.

Éste no respondió, estaba pensando.

—¿No dices nada? —se sorprendió Eugenia.

—En Birmania fue donde aprendí a remar a pierna —sonrió Nelson—. Lo aprendí de los inthas. Una tribu que habita en torno al lago Inle: el Lago de las Sonrisas. Los inthas le llaman así. El birmano es un pueblo ideal: alegre y sincero. Donde menos lo esperas, aparece una sonrisa y una flor. Es maravilloso. Allí trabé conocimiento también con los naga. Son cortadores de cabezas. Milagrosamente, pude eludir casarme con la hija del jefe de una tribu naga...

—Es decir: no piensas decirme una sola palabra sobre este asunto.

—¿Para qué?

—Bien..., como quieras.

—Dime: ¿qué clase de radiactividad se cree que desprende ese

asesino?

—Rayos «gamma». Última fase de otras radiaciones. Muy peligrosas, por cierto. Los expertos de Washington creen que ese hombre está gravemente enfermo, y, quizá, en los últimos estadios de una radiación mortal. Por supuesto, contamina todo lo que toca. De ahí que haya ido dejando huellas. Creo en la posibilidad de que haya descubierto su enfermedad, lo cual es lógico si está tan avanzada como parece, y debe utilizar, en la actualidad, algún equipo especial aislante. Nelson, ¿qué te ocurre? Se diría que estás impresionado.

El la miraba a los ojos, sonriendo secamente.

—No te preocupes. Me interesa, ahora, conocer todo lo que sepas sobre la baronesa de Seyss-Inquart.

—Se llama Wilma Rilke, y es una intrusa en la aristocracia. De todos modos, no alterna mucho en sus círculos. Hay quien afirma, incluso, que esa mujer vendería su castillo. El barón de Seyss-Inquart era un hombre ya viejo cuando contrajo matrimonio con ella. Nadie engañó al barón, ciertamente: él sabía perfectamente que Wilma Rilke buscaba un título y dinero. Pero, repito, ella es muy hermosa.

—¿Actividades conocidas?

—Ninguna, por supuesto..., si te refieres a actividades de signo político.

—Me refería a ésas, por supuesto.

—Pues no se le conocen. Por lo demás, lo normal. En la actualidad, también se comporta de un modo natural en ella, con sus amigos invitados actualmente en el castillo: excursiones, cacerías, bailes... Esa naturalidad puede ser fingida, claro está.

—¿Ninguno de sus amigos tiene aspecto de estar enfermo? Ya sabes, con los característicos síntomas de enfermedad por radiación: vómitos, náuseas, caída del cabello, púrpura en la piel...

—No. Nada de eso.

—Entonces, a ese hombre lo tienen oculto en el castillo. ¿Es lo que tú supones?

—Exacto.

—Y hay que entrar en ese castillo —musitó Nelson—. ¿Tienes algún medio a mi alcance?

—No, lo siento. No tengo amistad con la baronesa; no

frecuentamos los mismos círculos. Yo procuro cultivar mi espíritu, mi cerebro, procuro perfeccionarme. Ella, ya te lo he dicho, vive. A pesar de que no puedo introducirme en el castillo, voy a proporcionarte un informe tal vez valioso para ti. Es relativo al programa que tiene en perspectiva la baronesa para mañana. Se trata de una partida de caza. Caza mayor, por supuesto. Irán a los bosques del lago Neusiedler. Bueno, ella no oculta sus proyectos de diversión, así que no ha sido difícil enterarse de eso.

Nelson, preocupado, asentía con movimientos de cabeza.

—Puede serme útil —dijo—. ¿Algo más?

—No. Es todo. Un birmano asesinado, unos documentos que desaparecen y un asesino contaminado fuerte, mortalmente, por radiactividad. Todo esto, en un silencio envuelto en acero.

—Es mejor así —musitó Nelson—. Es... una de las más arriesgadas y sucias jugadas internacionales. Podría costar una nueva guerra mundial. Y no exagero, ya me conoces. Bien, no puedo perder más tiempo. Regresemos al salón con los demás.

—Nelson —le temblaron perceptible, violentamente, los labios—. Nelson... ¿así? Aunque sea por compasión.

—¿Compasión? Tu rostro es el más hermoso que he visto jamás, Eugenia...

Había tomado con las dos manos, grandes, poderosas, tostadas por el sol, el delicado y realmente bello rostro de Eugenia, la cual no tuvo fuerzas para decir nada. Tenía entreabiertos los labios, en espera de aquel beso que llegó, con fuerza; un beso largo, profundo. Eugenia rodeaba con los brazos el torso de Nelson y se estrechaba contra él con fuerza que parecía imposible. Cuando él la soltó, Eugenia lanzó un gemido, y quedó apoyada en él, silenciosa, con la mirada baja.

Por fin, una dulce sonrisa apareció en sus labios, miraba a Nelson a los ojos, cuando dijo:

—Ya me he serenado. Cuando quieras, icemos a reunimos con los demás.

Nelson Ford se puso en pie, tomó delicadamente a Eugenia, y la depositó en la silla de ruedas; allí, ella emitió un suspiro, y dejó que él se situara a su espalda, para ir empujándola. No lo necesitaba. Tenía la suficiente autonomía para poder hacerlo ella misma, pero le gustaba sentir a Nelson detrás suyo: su presencia, o sólo la

intuición de su presencia, podía llenarla por completo.

Poco después, ya frente a la parte frontal del palacete de los Nahrada, de los cuales Eugenia era el único superviviente, Nelson se dirigió hacia la pequeña rampa construida expresamente para el acceso de Eugenia al vestíbulo con su silla de ruedas. La rampa estaba bien disimulada, junto a los peldaños de mármol.

Llegaron al vestíbulo, y unos segundos más tarde, al salón.

El ambiente era bastante aburrido. Algunos habían abusado un poco del champaña, y estaban apoltronados, tirados más bien en los cómodos sillones, de valioso tapizado; había alguna mujer hermosa y joven que bailaba sola; un hombre tocaba el piano, con melancolía; tres o cuatro parejas bostezaban en torno a una mesa de centro, fumando.

Al llegar Nelson, muchos pares de ojos se animaron. Eugenia llegaba riendo, sin duda a causa de algún chiste de Nelson, y éste, como siempre que lo requerían las circunstancias, mostraba la más absurda y meliflua de las sonrisas. Quedó con Eugenia casi en el centro del gran salón, y dijo:

—Me he estado exprimiendo el tarro de las ideas, amigos. Espero que alguien adivine lo que he proyectado. Bueno, me parece, veo que eso sería someteros a un esfuerzo excesivo. Os ahorraré trabajo: ¿Alguien quiere participar mañana en una partida de caza mayor? Podemos apostar algo: diez mil dólares al venado más grande; o un buen corzo. Esas piezas abundan en los alrededores del lago Neusiedler. La emoción de la caza, cabalgar, sentir el aire libre en el rostro...

—¡Eso es casi deporte...! —Gruñó uno, fastidiado.

—Tal vez. Pero lo parecerá menos si llevamos los zurroneos bien provistos con el mejor coñac que tenga Eugenia. Por otra parte, nos rodeará el bosque: el bosque íntimo... ¿A quién no le gustaría volver alguna vez a la vida ancestral, primitiva, del «primate»? Ninfas, manantiales de aguas transparentes, bosques, y buen coñac.

—Eres maravilloso, Nelson... —gimió una de las damas—. De no ser por ti, ya habría perdido la esperanza, hace tiempo, de encontrar a la vida su sabor... ¡Seamos trogloditas mañana! ¿Necesitáis una ninfa especial, Nelson querido?

—Puede serlo cualquiera: el bosque es inmenso. Y el programa no está mal, me parece a mí. ¿Alguien tiene algo que objetar?

—¡Nadie! —se apresuró a exclamar una bella morena, de grandes ojos que parecían hogueras cada vez que se posaban en Nelson.

—Entonces, habrá que organizar la partida. Equipos completos, es claro. Y sigue en pie la apuesta: diez mil dólares al venado o corzo más grande.

La pandilla empezó a excitarse con la nueva idea de Nelson, y de nuevo corría el champaña, las miradas eran más ardientes, se lucían sonrisas, se hacían proyectos...

—Me siento cansada —musitó Eugenia—. ¿Me acompañas a mi habitación? No temas, no notarán tu ausencia hasta que sus cabezas se vacíen de la magnífica idea que les has brindado.

—Te acompañaré. Pero sólo hasta la puerta.

—Ya sé que no puedo esperar nada más —temblaron los labios de Eugenia.

Nelson Ford no contestó. Acompañó a Eugenia a su dormitorio, entrando con ella. Miró alrededor, lentamente, antes de mirarla a ella y sonreír, con sorprendente suavidad.

—Siempre has tenido un gusto exquisito para todo —murmuró.

—Eres muy amable. Tú también has dado siempre muestras de gusto exquisito, Nelson.

—Bueno... Se supone que un

play-boy

millonario no va a ser precisamente un patán al que le gustan las cosas vulgares.

—Ni eres un *playboy*, ni un papanatas —rechazó ella—; eres uno de los mejores hombres del Special Agents Group americano.

—Pero eso lo saben en Washington..., y lo sabes tú, que también has hecho ocasionalmente trabajos para el SAG. Como el de evitar contactos por mi parte que podrían sorprender a algunas personas... Los del SAG, bien lo sabes, somos más eficaces cuanto más secreta es nuestra condición de agentes de seguridad americana, tanto en el interior del país como en el extranjero.

—Sí, somos algo así como una... mezcla de agentes del FBI y agentes de la CIA, ¿no te parece?

—En cierto modo.

—No te gusta la CIA, ¿verdad?

—Si he de serte sincero, tampoco me gusta demasiado el FBI.

—Ya... ¿Y yo, Nelson? ¿Te gusto yo?

—Más que la CIA, sí —sonrió Ford.

—Mi pregunta es en serio.

—Entonces, te contestaré en serio: salvo que seas ciega, has tenido que darte cuenta de que eres muy hermosa, Eugenia.

—Pero eso no es suficiente para gustarte a ti... ¿O sí?

Nelson Ford echó un vistazo, maquinalmente, a su reloj de pulsera.

—Será mejor que me retire. Tengo muchas cosas en qué pensar antes de entrar en acción.

—¿Vas a marcharte sin ayudarme a acostarme?

—Avisaré a tu camarera para que suba y te...

—¿Por qué no quieres hacerlo tú? ¿Te causo repulsión?

Nelson se quedó mirando fijamente a la muchacha. De pronto, fue hacia ella, la alzó de la silla de ruedas, y la sentó en el borde de la cama. En silencio, procedió a desvestirla. Eugenia no se movía. Parecía que ni siquiera respiraba. Finalmente, Ford preguntó:

—¿Dónde tienes el camisón?

—Hay varios en el armario —musitó ella—. Elige el que más te guste.

Al agente del SAG eligió una de las prendas, regresó ante Eugenia, y se la puso. No era un camisón transparente, pero sí fino, ligero, fresco, como una caricia para la piel. Nelson acostó a la muchacha, la tapó... y se quedó inmóvil, inclinado, cuando los brazos de ella rodearon su cuello.

—Nelson... —susurró Eugenia—. Nelson, quédate... Quédate conmigo toda la noche, por favor.

Ford se inclinó un poco más, la besó suavemente en los labios, y luego se desprendió del dulce abrazo, irguiéndose.

—No podría —susurró—. No podría hacerlo, Eugenia. Te deseo una feliz noche, querida.

CAPÍTULO II

La excursión fue perfectamente organizada.

Primero, los «cazadores» fueron hasta un refugio que Eugenia poseía en las cercanías del lago, en una de aquellas colinas de los Pequeños Cárpatos, que rodean la ciudad de Viena. El cielo era de un azul purísimo aquella mañana; el sol se mostraba tibio, con un brillo especial. Desde el refugio, ya montados, con equipo completo de caza, la comitiva se había puesto en marcha, con un par de guías, que utilizarían las clásicas cuernas para que los participantes no se separasen excesivamente, con el riesgo de perderse en los bosques.

Perfectas las mujeres, sofisticadas con sus trajes de montar, y elegantes los hombres, con sus atuendos deportivos. Buen caballo, zurrón a la grupa, escopeta de dos cañones, y magnífico humor...

Al principio, como suele ocurrir, el grupo había ido muy unido, hasta llegar a la vista del linde de los grandes bosques, que ocultaban el lago de la vista. Al llegar al bosque, los impacientes por ganar la apuesta empezaron a tomar su rumbo, aunque se detenían prudentemente, de vez en cuando, para oír la cuerna de los guías, señal de que no estaban demasiado lejos de los demás.

Nelson había sido uno de los que se separaron antes del grupo, afirmando que para la tarde habría cobrado la pieza que le daría la victoria. No quiso el concurso de perro alguno, que sé quedaron ladrando con fuerza, entre relinchos de caballos y voces alegres de los millonarios, de aquella gente cuya ocupación exclusiva era la *dolce vita*.

Tras separarse del grupo, Nelson se dirigió hacia la cumbre de aquella colina boscosa. Oía un rumor fácilmente identificable: una fuente. Se dirigió hacia allí, y apenas tuvo la fuente a la vista, con

un diminuto lago que se formaba frente a ella, vio también a la morena de los ojos como hogueras, que había desmontado y evidentemente, le esperaba.

Sonriendo, Nelson llegó junto a ella, sin descabargar.

—¿También estás impaciente, Katheleen? —inquirió.

—Desmonta, te lo ruego, Nelson —dijo ella, con voz ronca.

—¿Te ocurre algo?

—Deberías saberlo... —gimió la morena.

Fingiéndose alarma, Nelson desmontó, y se acercó a Katheleen; la cual, inesperadamente, rodeó con sus brazos el cuello de Nelson, para luego estrecharse contra él, y besarle, mientras su cuerpo se retorció, como torturado. Cada vez que se separaba un poco para respirar, lanzaba un jadeo ardiente al rostro de Nelson, quien, por fin, pudo mantenerla un poco separada.

—Querida Katheleen, aún no hemos empezado a...

—No digas nada, nada, nada... Piensa lo que quieras pero no lo digas. Yo necesito estar contigo, Aquí y ahora, sí... Tenemos bosque, manantial, y... dime: ¿no te gusta una ninfa?

Nelson sonrió, acariciando la barbilla de Katheleen.

—Olvidas algo, querida —dijo—, las ninfas no llevan traje de montar. Yo diría que ningún traje.

Katheleen cerró los ojos.

—¿Y crees que eso va a ser un obstáculo? —susurró.

—Pues no lo sé.

—¡Voy a desnudarme en un minuto!

—Espera, se me ocurre algo. Voy a dar un rodeo. Regresaré dentro de cinco minutos, y espero que me sorprenda muy agradablemente ver a una hermosa ninfa en este manantial, esperándome. Estoy seguro de que así será más emocionante.

—Si tú lo prefieres así... ¡Pero ni un minuto más, Nelson, por favor...!

—Ni uno más.

Nelson montó de nuevo, y miró a Katheleen, que ya empezaba a quitarse la ceñida chaquetilla, mirándole a los ojos. El le sonrió, e inició el rodeo. Lo único que hizo fue estar atento, hasta que oyó la cuerna de uno de los guías, y, muy lejanos, los ladridos de algunos perros. Por consiguiente, Katheleen lo oía también, y no corría riesgo alguno de perderse.

El «rodeo» se convirtió en un rápido alejamiento hacia la otra ladera de la colina boscosa, desde donde Nelson esperaba tener una panorámica lo más extensa posible de aquella zona, con el lago, o parte al menos, incluido.

Sonrió levemente pensando en Katheleen, que estaría ya desnuda junto a la fuente, con el cuerpo al sol, en espera del sátiro. Y tras la leve sonrisa, la olvidó. Nada más lejos de su mente que la muchacha cuando, finalmente, llegó a la cima de la colina. Aún se alejó un poco más, buscando la parte más alta y despejada. Cuando consideró que se encontraba en el lugar previsto, desmontó, y de su zurrón tomó algo que había estado envuelto como si se tratase de una botella de coñac. No obstante, su breve equipo se componía de unos binoculares, y una cuerna idéntica a las de los guías de caza mayor.

Enfocó los binoculares, y unos instantes más tarde, Nelson Ford parecía estar formando parte del paisaje; quieto, atento, con la mirada recorriendo toda la zona. Sin que un músculo de su rostro se alterase, sin que le traicionara un solo gesto que indicara impaciencia, o nerviosismo.

* * *

Bastante después de mediodía, tenía ya resuelto parte del problema.

Había sido largo, fatigoso, el trabajo de localizar a la partida de caza de la baronesa de Seyss-Inquart, pero lo había conseguido. Ni siquiera sabía exactamente de cuántas personas se componía la partida, pero a él le interesaba tan sólo la baronesa, por el momento. Y a ella la tenía suficientemente controlada.

La baronesa von Weyss iba sola, rastreando un venado, al parecer. Montada, altiva, con la escopeta bajo el brazo derecho, y las riendas en la mano izquierda, enguantada.

Nelson trató de ver u oír a alguien del grupo, pero lo único que percibió fue el inconfundible sonido de la cuerna del guía de la partida de la baronesa, ésta lo oyó también, por lo cual se preocupó del riesgo que supondría perderse.

A partir de aquel instante, Nelson Ford inició su juego.

Se había situado a prudente distancia de la baronesa, y ésta, a

partir de aquel momento, la única cuerna que podía oír era la de Nelson. La baronesa, insensible al tremendo desvío que estaba sufriendo, se guiaba por los sonidos que Nelson arrancaba de su cuerna, siempre lo suficientemente alejado, y, además, tomándose el trabajo de situarla en todo momento, espiándola con los binoculares.

Una y otra vez, aunque muy espaciadamente, los sonidos de la cuerna de Nelson era lo que determinaba la dirección a seguir por la baronesa, atraída por aquella cuerna lejana. Una cuerna que podía compararse al canto de la sirena... Irremisiblemente, Wilma Rilke se alejaba de su grupo, acercándose a Nelson que, desde lejos la conducía por los lugares más intrincados del bosque, con el sonido de la cuerna.

Llegó el atardecer, y Nelson, desde su punto de observación, móvil siempre, pudo ver a la baronesa, en actitud muy vacilante, quizá ya asustada, incluso.

Con seca sonrisa, el agente del SAG contemplaba a aquella mujer, que de pronto se echó el arma al hombro y efectuó dos disparos, que resonaron como trallazos terribles en el ámbito. Luego, empezó a gritar, a juzgar por sus gestos, pero Nelson ni siquiera la oía. La veía caracolear sobre el caballo, desorientada por completo Wilma había desmontado. Recargó la escopeta de doble cañón, y disparó de nuevo, al aire, para, a continuación, gritar otra vez.

Tras enterrar la cuerna, Nelson, sin abandonar los binoculares, prosiguió el control de Wilma, hasta que entendió que el desconcierto de ella era suficiente. Wilma seguía disparando al aire, y, al parecer, sabía mantenerse en una actitud de cierta calma; sabía dominarse, era evidente.

Cuando Nelson estuvo cerca de ella, el espía enterró también los binoculares, desprendiéndose así de los restos de su equipo, de lo que había constituido su trampa, su «canto de sirena». Y tras enterrar los binoculares, inició un avance más rápido hacia la baronesa, disparando también su escopeta. Ella respondía, de modo que empezaron a localizarse mutuamente, sin más dificultades. El sol, oculto rato antes, era ya sustituido por las sombras.

Quizá la entereza de la baronesa hubiese cedido de esperar Nelson una hora más, ya en plena noche, para acercarse a ella Pero

era realmente innecesario, puesto que la jugada ya había tenido éxito.

Por fin, llevando el caballo de las riendas, Nelson llegó a la vista de la baronesa, que le miraba con los ojos muy abiertos. En cuanto a Nelson, sabía fingir muy bien su estupor, sabía situarse perfectamente en su papel de deportista *playboy* en apuros. Más *playboy* que deportista evidentemente.

—Bien... Apuesto a que nos hemos perdido —dijo Nelson, con una sonrisa que trataba de ser alegre.

—Eso parece. Creí que usted era Walter, el guía de mi partida...

—¿Y de dónde ha salido usted? Yo oí una cuerna, hace ya mucho rato. Luego, sus disparos... ¿O no disparaba usted?

—Sí, sí —la baronesa sonrió—. Debo confesar que me siento más tranquila, señor Ford: no me seducía en absoluto la idea de pasar la noche en los bosques. Hay zorros, y... quizá algún oso...

—¿Usted me conoce, señorita...! —exclamó el *playboy*, pasmado.

—No se extrañe tanto: usted es un hombre muy famoso en todo el mundo, aunque quizá no por sus cualidades.

—Oh, ya sé, ya sé. Por mis defectos, de acuerdo. Pero le prometo que el ochenta por ciento de lo que sobre mí se escribe, es falso. ¡Qué más quisiera yo que poseer esa gran imaginación que se me achaca! Si tuviera tanta imaginación como se dice, no habría tenido necesidad de perderme en el bosque para encontrar a la mujer más hermosa que he visto en mi vida...

—Exagera usted —sonrió ella—. Y no creo que el momento sea lo más adecuado para los cumplidos. Creo que deberíamos hacer algo para salir del bosque... Oh, debe perdonarme... No me he presentado; soy la baronesa de Seyss-Inquart.

—A sus pies, baronesa. Debo insistir en su belleza. Es perfecta. Por lo demás, comprendo que esté usted deseando reunirse con su esposo, y...

La risa de la baronesa interrumpió a Nelson, quien miró con gesto magistralmente estúpido a la hermosa mujer.

—¿He dicho algo gracioso? —inquirió.

—De humor negro, señor Ford. Debo decirle que espero tardar muchos, muchísimos años, en reunirme con mi esposo.

—¡Caramba! Bueno, se diría que no está usted loca por él, precisamente.

—Aunque le amase desesperadamente: soy viuda.

Nelson carraspeó:

—Ah, lo siento. Digamos, pues, que se trata de que usted se reúna cuanto antes con sus amigos, y yo con los míos, por supuesto. No obstante, tendremos que aguardar una más completa oscuridad. Cuando brillen las estrellas, podré orientarme, espero. Mis conocimientos de navegación, trazando rutas por las estrellas servirá de algo, espero.

—Magnífico. En ese caso, sólo nos queda esperar que se cierre la noche completamente.

—Me temo que sí... —suspiró Nelson.

Y miró con mayor atención a Wilma.

Pasaba del metro setenta de estatura, y era esbeltísima, con las formas magníficamente definidas, muy elegante con su traje de montar, tenía el cabello rubio oscuro, recogido bajo un sombrerito negro de terciopelo muy gracioso, ojos verdes, labios gordezuelos, sonrosados, brillantes...

—Debería sentir miedo de usted, señor Nelson Ford... —susurró la baronesa, con una sonrisa un poco velada.

—Por mi fama, supongo —sonrió el agente del SAG.

—La mía tampoco es totalmente buena... ¿Quiere que nos sentemos mientras oscurece totalmente? No comprendo cómo he podido desorientarme de este modo, ya que casi toda la tarde he estado oyendo la cuerna de Walter, Y, de pronto, se esfuma... Aquí estaremos bien, ¿no cree?

—Muy bien, sin duda.

Se sentaron en un pequeño calvero del bosque, sobre unas piedras planas. Nelson extrajo cigarrillos, e instantes más tarde ambos fumaban, silenciosos. La majestad del bosque se cernía sobre ellos; el silencio, la soledad, la oscuridad...

—Creo que de no haber mediado este encuentro habría acabado por morirme de miedo —dijo Wilma—. Es sobrecogedor este silencio... ¿A usted no le impresiona?

—Confieso que un poco. Pero, si seguimos hablando de esto, acabaremos por asustarnos ambos, baronesa. Sería mejor silbar, como los niños que tienen miedo. Y si no silbar, por lo menos hablar de otras cosas.

—¿De mí, por ejemplo? —rió ella.

—No quisiera parecer indiscreto...

—No se preocupe. El hecho de que usted no me conociera, pese a que está muy introducido en la aristocracia europea, tiene una muy fácil explicación; al casarme con el barón, derrumbé muchas esperanzas de otras personas, y no fui bien acogida por la aristocracia vienesa. Supe darme cuenta a tiempo de lo que me convenía, y antes de que me echaran, me fui yo. Es decir, no frecuento determinados ambientes. Por lo demás, debo decir que respeté a mi esposo. Oh, sí, otra cosa, es cierto que ambicionaba el título y el dinero del barón, pero..., ¿quién no ha sentido ambición alguna vez en su vida? Como ve, soy sólo una advenediza en la estirada aristocracia vienesa.

—¿Tal vez eso significa que se siente sola?

—A veces —susurró ella, mirándole a los ojos.

—Es inevitable. ¿Vive en Viena?

—No. En mi castillo a treinta kilómetros de Viena, y más o menos a la misma distancia del lago Neusiedler.

—¡En un castillo!

—¿Le interesan los castillos?

Nelson rió brevemente.

—Hace mucho tiempo que hubiese adquirido un castillo en el Tirol, por ejemplo, de no ser por el terrible miedo que siento a que me tachen definitivamente de *snob*. Los periodistas están deseando que la gente tenga algún desliz para airearlo. Y ya se ocupan bastante de mí.

—¿De veras le molesta?

Nelson se encogió de hombros.

—En realidad apenas me importa... Es como el que tiene los pies planos: ha de soportarlos toda la vida.

La baronesa rió discretamente. Luego, miró a Nelson a los ojos, y dijo:

—Tal vez ya ha oscurecido lo suficiente, ¿no le parece?

Suspirando, Nelson miró al cielo, donde las estrellas ya brillaban como por entre agujeros de un manto negro.

—En efecto —dijo—. Debo confesar que lo lamento, baronesa. Usted es realmente muy agradable.

Se puso en pie, y tendió una mano, para ayudar a la baronesa a incorporarse. Quedaron pegados uno al otro. Ella le miraba a los

ojos, con los suyos muy relucientes. Su voz sonó un poco ronca cuando musitó:

—Soy una mujer un poco dura en ciertas cuestiones, señor Ford... Y me da miedo tan sólo pensar que con usted podría ser distinto. Es mejor que nos vayamos ahora. Nuestros respectivos grupos deben estar muy inquietos.

—Seguramente así es, baronesa.

—Llámeme Wilma —sonrió ella, separándose.

Su mirada fue observando los movimientos de Nelson, mientras éste iba en busca de las monturas. Las aletas de la nariz de Wilma se dilataron; su pecho erguido, joven, pujante se alteró. Aquel hombre, alto, de poderosos hombros, de rostro viril, podía ser distinto, sí.

Nelson regresó con los caballos, y se dispuso a ayudar a la baronesa a montar al suyo. Pero el pie de ella resbaló en las manos del *playboy*, y Wilma, emitiendo un grito de susto, se cogió del cuello masculino, acto seguido, alzó sus hermosos ojos hacia los de Nelson Ford, que sonrió.

—Baronesa —dijo amablemente—, no quisiera parecerle el chico más listo de la clase, pero éste es un viejo truco. ¿O va a decirme que, realmente, ha resbalado usted?

—No —sonrió Wilma—. La verdad es que no he resbalado. Es usted un hombre tan alto, de aspecto tan... formidable. Quise cerciorarme de que era lo bastante fuerte para sostener a una indefensa mujer.

—Ya. Bueno, a mí me encanta ésta clase de juegos: soy un experto del *flirt*, se lo aseguro. O, como dicen ahora, del ligue. Me las arreglo bastante bien... Sobre todo cuando me dan facilidades.

—¿Cree usted que yo le estoy dando facilidades?

—¿No?

Tras la breve pregunta, Nelson Ford se inclinó, y puso su boca sobre la de Wilma. Sólo eso. Por un instante, pareció que ella no fuese a reaccionar, pero, de pronto, sus labios parecieron fundirse, tan tiernamente se adaptaron a los del *playboy*... El silencio era absoluto en el bosque, así que Nelson Ford oía perfectamente, de un modo extraño, fantástico, el fortísimo latir del corazón de la baronesa. Cuando el beso terminó, él le puso una mano sobre el corazón, y susurró:

—Tiene usted un corazón... sanísimo. Lo he estado oyendo como

si estuviese fuera del pecho.

—Todavía se puede oír mejor —susurró también ella.

—¿Sí? ¿Cómo?

Wilma Rilke separó la chaqueta de piel, tomó una mano de Nelson, y la puso sobre el seno izquierdo, sobre la suave lana del jersey. Se quedó mirándolo. Nelson, que ponía una divertida cara de «oír», asintió, sonriente.

—En efecto, lo noto latir —dijo—. Pero «notar» no es «oír», si me permite la puntualización expresiva, baronesa. Claro que, francamente, yo oigo con los oídos, no con las manos.

—Pues utilice sus oídos. ¡Oh, qué manos tan frías tiene!

—¿No ha oído decir nunca que «manos frías, corazón caliente»?

—¿Eso quiere decir que su corazón está... caliente?

—Al rojo vivo, baronesa. Y debo decirle que éste es un juego que nunca me gusta dejar a medias.

—A mí tampoco —musitó Wilma, cerrando los ojos y entreabriendo su jugosa boca...

CAPÍTULO III

Los ladridos de los perros estaban sonando más cerca, así como la cuerna del guía. Además, ya muy cerca, empezaron a verse ramalazos de luz. Wilma y Nelson habían disparado sus escopetas, para guiar hasta ellos a los que llegaban. Unos minutos más tarde se armó una tremenda algarabía, entre perros con sus ladridos, el relincho de los caballos, y los gritos de todas aquellas personas, celebrando el reencuentro.

Además del guía, Walter, cuatro personas estaban rodeando, con cierta excitación, a la baronesa y a Nelson.

—Amigos míos, nada ha ocurrido —decía la baronesa—. He tenido la fortuna de encontrar al señor Ford, perdido también en el bosque, y... Pero permítanme presentarles...

Nelson fue presentado a los tres hombres y a la mujer que componían el grupo de cazadores. Primero, fue la presentación de aquella dama de mirada muy negra, inteligente, serena: una mujer muy hermosa, a la que Eugenia había descrito como una mujer con aire de intelectual. Era cierto. Se llamaba Helga Lettau, alemana.

Los tres hombres eran también alemanes, y, según Wilma, parecía que había existido una buena amistad con el fallecido barón. El más viejo del grupo era Manfred Hesses; tenía unos cincuenta años, y era más bien bajo, de fuerte complexión, con el cabello rubio, muy corto, liso, y ojos de un azul desvaído y frío; un hombre muy cortés. Han Bachmann era el más joven, cabello oscuro, ojos grises, usaba gafas de gruesa montura, con el cristal no menos grueso, acusando una muy adelantada miopía: parecía un poco despistado, pero se mostró correctísimo. El último de aquellos tres hombres fue presentado como Otto Goringer: un hombre muy sobrio al parecer. Tendría unos cuarenta y cinco años, y parecía

algo más nervioso y excitado que los demás.

—Y no cabe duda de que debo al señor Ford el no pasar toda la noche en el bosque —decía Wilma—. Debemos corresponder, y avisar como sea, de inmediato, al grupo del señor Ford. Walter, ¿cómo podríamos conseguirlo?

Walter, que encabezaba el grupo de regreso, se volvió en la silla.

—Convendría llegar a Semmering, al castillo, y llamar por teléfono al punto de partida del grupo del señor Ford, baronesa. O, en todo caso, ustedes pueden regresar a Semmering y yo, con mucho gusto, acompañaré el resto del camino al señor Ford.

—Quizá sea ésta la mejor solución —dijo Nelson—. Muy amable, Walter. Creo que aceptaré sus servicios, a menos que, los demás teman perderse de nuevo.

—Oh, no —se apresuró a protestar Wilma—. Para mi, el camino hacia Semmering es fácil desde aquí. Sí, Walter, guía al señor Ford, por favor. Ello sin perjuicio de que nosotros, en cuanto lleguemos al castillo, comuniquemos por teléfono, con quien nos indique el señor Ford, para tranquilizar a sus amigos; cabe la posibilidad de que haya alguno de guardia esperando noticias.

—Magnífica idea, baronesa —dijo Nelson—. De haber alguien a la espera, estaría en un refugio situado a seis kilómetros de la estación de Bujk. La operadora facilitará la comunicación, estoy seguro.

—Entonces, en marcha —dijo Wilma.

Miró a Nelson a los ojos, ocultando a duras penas la llama de sus pupilas.

Le tendió la mano.

—Me agradecería verle mañana en mi castillo, señor Ford, para manifestarle mi agradecimiento de un modo más sólido, más tangible. No se niegue, se lo suplico. ¿Le parece bien que le envíe a un chófer a recogerle? ¿A ese refugio?

—No sé si debo aceptar la...

—Es un ruego de todos nosotros.

—De acuerdo —suspiró Nelson—. Ha sido un placer conocerles. A sus pies, baronesa.

Instantes más tarde, entre ladridos de perros, entre voces de despedida, Nelson se alejaba, con el guía junto a él, volviéndose con frecuencia, saludando con el brazo a sus nuevos amigos. Éstos, en

cuanto perdiéronle de vista, se volvieron hacia la baronesa, mirándola con extraña fijeza, en absoluto silencio, creando un ambiente ciertamente tenso en el grupo.

Por fin, Manfred Hesses, el más viejo del grupo, dijo secamente:

—¿Qué significa esto? —dijo—. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? Ese hombre, en el castillo, será un obstáculo que...

Wilma sonrió levemente.

—No se asusten... Nelson Ford no molestará a nadie, se lo aseguro. Y es lo mejor que nos podía haber ocurrido. Allá donde se encuentre el señor Ford, se pueden suponer fabulosas juergas, juegos estúpidos, o aburrimiento mortal, pero nada más. Les hablaré un poco del señor Ford, para tranquilizarles.

—Es un hombre con dos ojos —cortó Hesses.

—Aparentemente, así es, querido Hesses —dijo la baronesa—. Déjenme hablar: el señor Ford, como ustedes habrán comprendido, es estadounidense; un hombre archimillonario; un *playboy* conocido en las más lujosas esferas del mundo, por su excentricidad, por su incapacidad mental, por su capacidad en cuestiones de faldas, y por lo milagroso que resulta que sus negocios no quiebren, puesto que el cerebro del señor Ford, evidentemente, no es el más adecuado para la dirección de su poderosísima empresa.

Habló, entonces, Helga Lettau con voz cálida y profunda.

—Yo estoy de acuerdo con Hesses, baronesa: tenemos un delicado asunto en el castillo, y la curiosidad del señor Ford podría ser fatal. Estimo que no ha sido procedente su invitación, y que debe corregirse como sea esta circunstancia.

—Yo insisto en que la presencia del señor Ford en el castillo desviará de inmediato cualquier sospecha que hayamos despertado o que podamos despertar durante el tiempo que debemos seguir soportando esta situación, este... paréntesis. Por otra parte, yo no tengo un trabajo específico, y puedo ocuparme personalmente del señor Ford. Ustedes, todo lo que tienen que hacer es mostrarse amables con él. Repito, ni remotamente, nadie, jamás, podría sospechar que donde se encuentre el señor Ford se está realizando un juego... especial, especialísimo, muy ligado al espionaje. ¡Oh, vamos, es un disparate! Necesitamos al señor Ford, por si hay movimiento de agentes de los servicios de inteligencia americanos. Todos sabemos que puede ocurrir, de hecho, han de estar buscando

a Tolson. Y dónde esté Ford, se lo aseguro, nadie buscará a Tolson.

Hubo unos instantes de silencio.

Hesses miró a Helga, y a Hans Bachmann, el de las gafas de miope.

—Doctora Lettau, doctor Bachmann..., ¿cómo podríamos acelerar este asunto? —inquirió.

—Es difícil —dijo Bachmann.

—Yo diría que imposible —intervino Helga—. No nos engañemos, doctor Bachmann.

Hesses parecía estar furioso, aunque era evidente el control que sabía ejercer sobre sí mismo.

—La espera no puede alargarse —gruñó—. Regresemos al castillo, es urgente. Hemos perdido mucho tiempo buscándola, baronesa.

—Lo siento... Cuando quieran.

* * *

En el refugio, ¡cómo no!, el feliz regreso de Nelson Ford había sido motivo de celebración de una improvisada fiesta, a la que se había sumado Eugenia, llegada en coche desde Viena, desde su palacete en Nussdorf, ya que había sido avisada de lo que ocurría.

Había una mujer de ojos negros, llameantes, que se había pasado media mañana desnuda, junto a una fuente, haciendo el más espantoso de los ridículos. Nelson parecía muy contento, aliviado por el hecho de no haberse visto obligado a pernoctar en el bosque, a merced de terribles peligros, según decía.

En cuanto a la cacería, había constituido un éxito: dos venados. Y todos estaban en torno a los venados, como adorándolos, mientras Eugenia buscó un contacto con Nelson, muy discreto, en el interior del refugio.

Un refugio que, en realidad, constaba de siete dormitorios, varios cuartos de baño, un gran salón, y otras dependencias anexas, como las cuadras y las perreras. Eugenia y Nelson se encontraban en aquellos momentos en el solitario salón. Ella, del escote, había extraído una fotografía, que mostró a Nelson. Éste la miró atentamente durante varios segundos.

—¿Suficiente? —inquirió Eugenia.

—Sí.

—Me apetece fumar ahora —dijo Eugenia.

Nelson extrajo una cajetilla de cigarrillos, y encendió dos. Eugenia, simplemente, quemó la fotografía con la llamita del encendedor, reduciéndola a sólo un poco de una pasta negruzca, que quedó en el cenicero. Nelson, silencioso, con gesto grave, acerados los ojos en aquellos momentos, la miraba.

—Se llama Raymond W. Tolson —empezó Eugenia—. Por lo visto, el SAG ha ido averiguando más cosas; lo cual es natural, teniendo en cuenta que ese hombre dejó muchas huellas, además de las radiactivas.

—Entiendo Entonces, es el asesino de Nu Sama Sinwa.

—En efecto. El SAG, como te digo, amplía sus informes, aunque guardando el mismo mutismo que anteriormente sobre los motivos de Raymond W. Tolson para cometer el asesinato de Nu Sama, y robar unos documentos. Sobre Tolson, el SAG ha averiguado lo suficiente, y por una razón muy sencilla, mediante la cual se puede catalogar a Tolson como traidor.

—Sigue.

—Tolson era empleado del Gobierno. Tenía un extraño cargo, muy importante y de gran responsabilidad, además, pero alejado de la política. Completamente al margen de ella, en realidad. Destacado por Washington en el Extremo Oriente, Tolson era el mayor comprador de narcóticos del mundo, por cuenta de la Oficina de Narcóticos de Estados Unidos; era el hombre que, en su recorrido por Oriente, compraba cosechas de heroína y otras drogas, aun en la planta. Pagaba esas drogas con objeto de que fuesen quemadas, destruidas antes de obtener la cosecha. Es una de las luchas más caras que sostiene nuestra oficina de Narcóticos.

—Lo sé —gruñó Nelson—. Y de poco sirve. Pagamos grandes cantidades para que esas cosechas sean destruidas por sus propietarios Y al día siguiente de haberlas quemado, vuelven a sembrar... Pero dejemos eso. Sigamos con Tolson específicamente.

—En la actualidad, Tolson debería encontrarse en el norte de Birmania.

Nelson cerró los ojos.

—Sí, lo imagino. No obstante, no está en Birmania, sino en Austria, en un castillo, contaminado por radiactividad. Antes de

llegar a Austria, estuvo en Estados Unidos, Nueva York, para cometer un asesinato y un robo. Ese hombre posee un secreto que en Estados Unidos apenas compartimos media docena de hombres, incluido nuestro Presidente... Y, en efecto, los hechos demuestran que Tolson es un traidor al país. Lo que descubrió en esa zona del norte de Birmania, la zona más estratégica del mundo, debió olvidarlo de inmediato... Pero parece evidente que piensa sacar provecho de su descubrimiento.

—¿Vender ese secreto?

—Así es. Todo podría reducirse a una ejecución, de no ser porque ignoramos dónde tiene los documentos. La intervención de la baronesa, por otra parte, complica las cosas. Asimismo, la aparición de Hesses, Bachmann y Goring. También la señorita Lettau. Parece fácil deducir que todos ellos son candidatos a la obtención del secreto que posee Tolson.

—No sé, Nelson. De ser Tolson vendedor, y ellos compradores la transacción podría haberse realizado ya, sin más demora.

—Es un supuesto inteligente, lo admito, Y si no ha ocurrido así, debemos llegar a la conclusión de que Tolson exige a los compradores algo más que dinero.

—¿Por ejemplo?

—No olvides que está gravemente enfermo, en peligro de muerte.

—Comprendo. ¿Puede exigir, digamos, que se le devuelva la salud?

—Es, en efecto, lo que yo he pensado. La señorita Lettau es... una candidata mía a ser responsable de la recuperación de Tolson, si llega a producirse. La señorita Lettau, con su rostro de intelectual, puede aportar, quizá, el título de doctora.

—Es posible... Veo que el hecho de «perderte» en el bosque te ha resultado altamente productivo.

Nelson sonrió brevemente.

—Creo que sí... Estoy invitado al castillo de la baronesa, querida Eugenia. Pese a la extrema gravedad de la situación, deberé recurrir al repertorio más extenso de mi estupidez... Oigo que se acerca gente: será mejor que acierten en sus sospechas de que estás tratando de aniquilarme con tus besos, querida.

—Eso es magnífico, amor mío —susurró Eugenia.

Nelson se trasladó al sillón donde había dejado sentada a Eugenia. La mirada de ella ardía. Y lentamente, alzó los brazos, hasta rodear el fuerte cuello de aquel hombre, que ahora sonreía. Una sonrisa grata, llena de calor; una sonrisa de virilidad que alteraba a Eugenia.

—¿Es todo el informe, Eugenia? —susurró el espía.

—Creo no olvidar nada... Te he explicado quién es Tolson, has visto su fotografía y tú sabes muy bien qué debes hacer para evitar la catástrofe, ¿no es así? Por tanto, es todo. Ahora, Nelson, bésame... Están ya muy cerca.

Fueron sorprendidos besándose, en efecto.

Y hubieron risas, bromas. La gente estaba preparando la fiesta del día siguiente, con la carne de los venados cazados. Hubo murmullos de decepción cuando Nelson anunció su ausencia: no podía faltar a los deberes más elementales de la cortesía, despreciando la amabilísima invitación de la baronesa, que había compartido su «horrible aventura» en el bosque.

Alguien puso música, y una mujer empezó a bailar un loco y excitante número.

El salón empezó a llenarse de humos, ruidos, carcajadas...

Nelson se sumó a la reunión, con sus chistes, con sus risas, con sus ideas. En su sitio, Eugenia le observaba, sobrecogida por la enorme capacidad de fingimiento, de fría hipocresía, de aquel coloso rubio.

CAPÍTULO IV

En aquellos momentos, en el gran comedor del castillo, de cuyo techo colgaba una enorme y luminosa araña, Nelson Ford parecía sentirse a sus anchas. Aquella tarde, a su llegada, había podido admirar parte del castillo, especialmente por el exterior, antes de que anoheciera. Había grandes prados, con un tono verde que de veras admiró a Nelson, mucho jardín bien cuidado, altísimos árboles, senderos de losas...

El castillo, en sí, visto desde el exterior, parecía estar encantado, a causa de su paz. No era muy grande, pero sí vistoso, con tres torres muy puntiagudas, pizarrosa la central, por las paredes, subía la hiedra, que en otoño debía presentar un precioso tono rojizo.

Hacía rato que había terminado la cena, y Nelson decía:

—Todo ha sido magnífico. ¡Y sin fantasmas! —rió alegremente—. Uno no puede por menos que asociar la idea de los castillos a los fantasmas. Reminiscencias infantiles, no cabe duda... O poco maduras... Soy un tonto, lo admito.

Los demás sonreían cortésmente, sentados en cómodos sillones, donde habían tomado café.

Manfred Hesses, con una sonrisa de circunstancias, dijo:

—Usted es un hombre admirable, señor Ford.

—¡No dice eso en serio! —rió Nelson.

—Por completo. Sabe ver el mundo desde el prisma de los inocentes años de la infancia. Según mis teorías, usted es un hombre en crecimiento aún. Eso significa que su vida será muy larga, probablemente. Crecer es un ciclo vital que... Oh, debo aclarar que me estoy refiriendo a crecimiento mental... Y decía que el ciclo vital prolonga tanto más cuanto más tarde en completarse, como es muy lógico.

Nelson parpadeó, con gesto de pasmo.

—No sé si entiendo muy bien su teoría, señor Hesses. Usted quiere decir, en todo caso, que admira mi escaso cerebro. No tema que me ofenda. Sé muy bien que si yo no hubiese nacido millonario estaría en unas condiciones muy distintas.

—Quizá no, señor Ford. Usted habría tenido que reaccionar. La actividad es un estímulo general para el hombre.

—¿La actividad? Bien...

—¿Usted no ejerce ninguna actividad, señor Ford? —inquirió Hesses.

—Pues..., aparte de firmar muchos papeles...

—Leer ya es una actividad. Y supongo que lee lo que firma.

—¿Para qué? —se escandalizó Nelson—. Oh, no tengo tiempo... Digan: ¿ustedes sí tienen alguna actividad?

—Por supuesto. Yo he escrito varios libros sobre Arte, señor Ford.

—Muy interesante.

—La señorita Lettau es miembro de la Junta de los Conservadores de Castillos de Baviera. El señor Goring er es una autoridad en materia cinegética, sus expediciones a África, sus «safaris», son famosos. En cuanto al señor Bachmann, tiene especial predilección por la música. Sabe más de Wagner que el propio Wagner. ¿No es así, querido Hans?

—No tanto —sonrió el miope—. Pero quizá algún día lo consiga. Nelson soltó un suspiro.

—Me siento un poco triste... Evidentemente, mi valía personal es poco menos que nula. Yo...

En aquel instante, Helga Lettau se puso en pie.

—Deberán disculparme —murmuró—: tengo una fuerte jaqueca. Hasta mañana.

Hubo un murmullo general, y Helga se alejó hacia la salida. Nelson apenas le dirigió una mirada, pero ya había captado la sobriedad en Helga. El contraste con Wilma era notable. Wilma lucía un vestido largo, vaporoso, que apenas dejaba trabajo a la imaginación en cuanto al escote se refería; buena parte de sus senos blanquísimos, tersos, se ofrecían a la vista, entre vueltas de un raro collar.

Y fue Wilma la que se consideró obligada a salir en defensa de

Nelson.

—Puedo decirle que usted es un hombre encantador, señor Ford —dijo, con una sonrisa dulce, lánguida la mirada—. Digamos que las actividades de mis queridos amigos no obedecen, en realidad, a una superior inteligencia o deseos de trabajar: lo hacen para matar el tedio. Y quien reflexione profundamente, comprenderá que no es tan fácil vivir sin estar ocupado, a menos que se posea un poderoso cerebro, o un no menos poderoso equilibrio mental.

—Eso es muy halagador, baronesa... No reza con mi pobre cerebro —se puso en pie—. Ruego que me disculpen; me siento algo fatigado. Buenas noches, baronesa. Buenas noches, señores.

Se retiró hacia la habitación que le habían destinado, en la planta alta del castillo, casi en la parte trasera. En el comedor se hizo el silencio hasta que Wilma, un tanto furiosa, dijo:

—No hay necesidad de ser crueles con él. Ha sido una burla innecesaria.

—Tal vez decida marcharse —gruñó Hesses.

—Eso es cuenta mía. Y yo he decidido que me conviene la presencia aquí de Ford.

—¿Sin vigilancia?

—Dije que me ocupaba yo de eso.

—Pues ahora está solo —dijo Hesses, mordaz.

—¿Y crees que por mucho rato? —inquirió, con falsa suavidad, Wilma.

* * *

La atención de Nelson, desde los primeros momentos, se había centrado en las torretas del castillo. En especial, la del ala derecha, que estaba casi completamente cubierta de hiedra, con el ventanal herméticamente cerrado, extremo que no se apreciaba en las otras dos torres del bello castillo de Seyss.

Estudiando la distribución interior, a juzgar por lo visto, estaba realizando un cálculo sobre la forma de llegar a aquella torreta, en sus dos posibilidades: por el interior y por el exterior.

Ambas tenían sus riesgos, era obvio, pero tras mucho meditarlo, decidió realizar, en su momento, la visita por la parte exterior. Una discretísima visita, ciertamente. Y muy breve, además.

Se movió por el amplio dormitorio que le habían destinado, con cuarto de baño anexo. Se limitaba a fumar, en espera de algo que tenía previsto antes de arriesgarse. En sus paseos, se acercó a la puerta del dormitorio, que daba al amplio corredor con apliques en las paredes, y tres armaduras bien distribuidas a todo lo largo; había también panoplias con armas blancas.

Por fin, oyó rumores, muy débiles.

A él le habían situado al lado opuesto a aquél en que se encontraban las torres: en la parte de atrás. No obstante, gracias al denso silencio que reinaba, pudo oír los rumores. Pasos que se acercaban, y alguien que hablaba muy quedamente. Ni siquiera pudo reconocer las voces, pero eso le tenía sin cuidado. Por fin, los personajes del pasillo se separaron. Nelson oyó abrirse y cerrarse dos puertas.

Fue entonces cuando decidió actuar. Apagó las luces, y se dirigió hacia el amplio ventanal. Su equipo constaba de los pantalones más oscuros de que disponía, y un jersey negro, de cuello redondo. Además, llevaba la automática, pegada al costado izquierdo. Y algo más: un pequeño adminículo magnético muy manejable, apenas visible.

Descorrió los cortinajes, y abrió la ventana, dejando paso a una luz plateada, luz ambiente que proporcionaba la luna. Tras cerciorarse de que no había mayores obstáculos que los calculados, pasó al otro lado de la ventana, y trepó por los troncos de las enredaderas hasta alcanzar el borde repisa de la parte más alta del castillo. Una vez allí, pudo moverse con mayor libertad y rapidez, dirigiéndose hacia la torreta de la derecha.

Para trepar, hasta tocar la ventana, tuvo que meterse por entre la hiedra, probando a cada instante la fortaleza de tallos y ramas. De todos modos, su elevada estatura, su agilidad, y lo innecesario que resultaba arriesgarse en exceso, fueron factores del resultado, su receptor magnético quedó adherido al cristal, en el ángulo inferior derecho, completamente oculto por la hiedra, que ocultaba casi media ventana.

Satisfecho del trabajo, emprendió el regreso a su cuarto.

Fue cuestión de unos minutos tan sólo. Se estaba ya colando en la estancia, por la ventana, cuando oyó la débil, discretísima llamada en la puerta. La actividad de Nelson, en aquellos instantes,

se multiplicó. Desprenderse de aquellas ropas, trocándolas por un pijama un tanto cursi, de un amarillo rabioso, con un veteado blanco, y cerrar la ventana y correr las cortinas, fue cuestión de segundos. Cuando hubo terminado, fue al baño y pulsó el botón de vaciado de la cisterna del inodoro.

La llamada se repitió de nuevo, ya un poco nerviosa.

Nelson, que avanzaba hacia la puerta con seca sonrisa, fría la mirada color acero de sus pupilas, fue cambiando de actitud; tanto, que cuando abrió la puerta, a su rostro asomaba una sonrisa floja, meliflua, como si le embargara alguna débil emoción.

—Creí que te habías dormido —susurró Wilma.

—No lo hubiera conseguido, amor.

La tomó de una mano, y la introdujo en el dormitorio. Wilma miró hacia el cuarto de baño; la luz aún estaba encendida, chorreaba un grifo, y la puerta, naturalmente, estaba casi del todo abierta. Y tras aquel vistazo, Wilma susurró:

—Tú no venías a mi cuarto, así que...

—No acababa de decidirme. No estaba seguro de que lo desearas.

Wilma le besó en los labios, brevemente. Fue hacia la lámpara, para apagar la luz, mientras Nelson iba hacia la ventana, pero mirándola. Ella llevaba un salto de cama azul cielo, de una nítida transparencia; apenas quedaban velados algunos detalles del maravilloso cuerpo femenino. Y cuando ella apagó la luz, él descorrió las cortinas, dejando que la luz de plata inundara la estancia. Y así, mirando a Wilma, empezó a avanzar hacia ella.

Wilma, agitado el pecho, dejó caer el salto de cama a sus pies.

Un instante más tarde, estaba abrazada a Nelson, quien notó su piel, ardiendo, como sus labios, la notó llena de temblor, de deseos...

—Es una locura que no me importa cometer por ti, Nelson —susurraba ella.

—¿Has vacilado? ¿Has pensado que podrías arrepentirte?

—¡No! —Casi gritó Wilma—. ¡Eso nunca! Es injusto que no sepamos qué es lo que debemos buscar en la vida... A veces, se encuentra, como ahora, pero nos invade el miedo. ¡Tú has amado a tantas mujeres...!

—Ninguna como tú... Ninguna...

—No puedo creerte.

—Deberías darte cuenta. Pero espera un poco más, y verás...

* * *

Eran las seis de la mañana cuando Nelson echó un vistazo a Wilma, que estaba tendida en el lecho, dormida, con parte de sus rubios cabellos ocultándole el rostro. El agente del SAG se levantó, y fue a correr las cortinas, para evitar la luz del incipiente día. Luego, regresó al lecho, y miró con absoluta frialdad a aquella mujer que sólo hacía muy pocas horas se lo había dado todo de nuevo. Nelson la cubrió en parte con una sábana, y, tras encender un cigarrillo, sentado en el borde del lecho, se dedicó, una vez más desde que Wilma dormía, a intentar captar algún sonido proveniente de la torreta. El receptor era muy potente, y, a menos que hubiese algún obstáculo tan sólido como una plancha de acero de varios centímetros de espesor, cuanto se hablara en aquella estancia llegaría a sus oídos.

Su receptor, aplicado al oído, era como un diminuto cascabel lleno de orificios, fácilmente camuflable en cualquier momento, incluso en la boca.

Vigilaba también a Wilma, profundamente dormida, sin duda derrengada.

Por fin, empezó a oír algo...

CAPÍTULO V

Era una voz débil, enronquecida:

—Wilma... ¡Wilma!

En su lecho de la torreta, que consistía en una camilla aséptica, Raymond W. Tolson intentaba incorporarse. Antes de que lo consiguiera, el doctor Bachmann se aproximó a él, y le obligó a tenderse de nuevo.

—No haga esfuerzos —gruñó.

—¿Dónde está Wilma?

—Está durmiendo. Es muy temprano. Usted no quiere confiar en nosotros, y tanto la doctora Lettau como yo le hemos dicho la verdad, sólo trasladándole a Rusia, donde contamos con el equipo adecuado, podíamos intentar curarle, con un sesenta por ciento de probabilidades de éxito. Aquí, esas posibilidades son casi nulas. Debe aceptar ese viaje a Moscú.

Con su negra mirada opaca, Tolson escrutaba a Bachmann.

—No... Nada de eso. No lo conseguirán... No variaré en lo más mínimo los términos de nuestro pacto, una vez esté yo curado, entonces tendrán lo que les ofrezco. ¡Pero cúrenme, primero! Y no en Moscú, sino aquí. Aquí estoy en casa de una amiga. En Moscú... No, no... ¿Por qué he de fiarme de ustedes? Quieren trasladarme a Moscú, pero con los documentos.

—Sería un trabajo doble, un riesgo doble. Es demasiado considerable, Tolson. Entréguenos los documentos, le conducimos a Moscú, y le aseguro que allí...

—¡Tienen que curarme aquí!

—No se excite. Ya le he dicho que aquí las probabilidades de éxito son mínimas.

Tolson cerró los ojos. En verdad, empezaba a resultar

desconocido: la púrpura radiactiva había convertido su piel en una gran mancha que enrojecía, en sus últimos estadios de gravedad. Estaba delgadísimo, y de su cabellera negra quedaban tan sólo unos mechones, mal repartidos por el cráneo. En conjunto, empezaba a tener cierta semejanza con un monstruo.

—Tolson, supongamos que usted muera —dijo Bachmann—. No existiría un beneficio para nadie, a causa de su silencio.

—¡El beneficio lo quiero para mí! ¡Y no voy a morir! ¿Lo oye? ¡No voy a morir! Cúreme, Bachmann, cúreme. Dicen que usted y la doctora son eminencias en la medicina preventiva y curativa de las enfermedades por radiación... Ustedes tienen la ciencia, y yo los deseos de vivir. Ahora es cuando más deseo vivir, ¿lo comprende? Hagan lo que sea, pero cúrenme. De otro modo, ustedes no obtendrán ningún beneficio. ¡Ninguno!

Tras sus gafas de miope, Bachmann no podía ocultar su ira. Durante unos minutos, reinó el silencio en la torreta. Es decir, sólo eran perceptibles los gemidos de Tolson, sus jadeos... Luego, alguien llegó. Bachmann apenas dirigió un vistazo a la doctora Lettau, y a Hesses que se mostraban preocupados; sin haber despegado los labios, se dedicaron a observar el pésimo aspecto de Tolson, que aunque les había oído llegar, no parecía sentir deseos de repetir lo mismo de siempre: que le curasen primero, y luego concluirían el trato.

—¿Cuál es la impresión, Bachmann? —inquirió, por fin, Hesses.

—Nada ha cambiado. Esto marcha mal.

Hesses miró a Helga.

—¿Doctora? —inquirió.

—Repito mi diagnóstico: muerte inminente.

—¡Mentira! —estalló Tolson—. ¡Quieren asustarme para que ceda! Entérense; ¡no iré a Moscú con los documentos! ¿Lo oyen?

Hesses le miró, pero no le hizo el menor caso; dio unos paseos por la estancia, con clara actitud de preocupación.

—Debemos acelerar esto como sea —masculló, por fin—. No me importa invertir tiempo y riesgo, si se producen resultados. Pero si Tolson muere ahora, lo hemos perdido todo... Bachmann: ¿soportaría Tolson la tortura?

Al oír la palabra, Tolson quiso erguirse, pero Hesses, con su diestra protegida con mi amplio guante de goma, aislante, le asestó

un revés que le dejó tendido, jadeante. Todos, en aquella estancia, llevaban equipos anticontaminación: desde trajes especiales, a mascarillas con potentes filtros y guantes.

—He dicho tortura, Bachmann. ¿Lo soportaría? —inquirió, secamente, Hesses.

—Depende... Su estado físico es de extrema gravedad y por tanto, cualquier derramamiento de sangre podría ser fatal.

—¿Doctora? —inquirió Hesses, mirando a Helga.

—Por esta vez, comparto la opinión de mi colega Bachmann: sería precipitar rápidamente el desenlace.

—Bien... ¡Pero tiene que existir algún medio de hacerle hablar! No podemos recurrir a la tortura física, de acuerdo, tengo que comprenderlo. Pero hay otros medios. Digamos, suero de la verdad: el «pentothal sódico», por ejemplo. Supongamos que le aplicamos una dosis de ese suero. ¿Qué ocurriría?

Bachmann parecía un poco indeciso. Miró a Helga, y luego a Hesses.

—Me gustaría cambiar impresiones con la doctora, al respecto, Hesses. El «pentothal» no deja de ser una droga, y podría sorprendernos cualquier reacción negativa.

—Yo pienso que podría caer en coma —dijo la doctora—. De ocurrir así, no tendríamos más alternativa que hacer el equipaje y marcharnos de aquí sin haber obtenido el menor resultado. Sin embargo, dadas las circunstancias, puesto que va a morir dentro de unas horas, creo que deberíamos correr el riesgo. Por mi parte, prescribo para el tratamiento, además del «pentothal», un estimulante cardíaco, y... algo que considero necesario: «penolina de magnesio», la píldora de la memoria, tan famosa últimamente. Puede ser útil. Este hombre podría ser resistente al «pentothal», y activando su memoria podemos inducirle a hablar, a delirar. ¿De acuerdo, Bachmann?

—Sí... Creo que sí. Activar su corazón, su cerebro, estimularle para decir la verdad... Quiero estudiarlo. Tolson aún está Vivo, y yo quiero apurar todas las posibilidades.

Helga encogió los hombros.

—Perdemos el tiempo, Bachmann, pero allá usted.

Hesses pareció impacientarse un poco.

—Dese prisa, Bachmann —gruñó.

—No hay que precipitarse. ¿O acaso ocurre algo?

—Nada.

—¿No hay problemas con Ford?

—De momento, no. Estoy convencido de que es un imbécil que apenas puede con la carga de sus millones, pero, insisto: tiene ojos. Wilma está cumpliendo, sin embargo.

—¿Y Goring?

—Ejerce una discreta vigilancia sobre Ford. Parece innecesario, ya lo sé, porque Ford está con Wilma, pero no me parece que la situación se preste a confianzas. Esto es... demasiado importante. Bachmann, Helga: quiero solucionar este problema. Como sea, repito. Si llegan a alguna conclusión sobre la aplicación de ese suero y lo demás, avisen de inmediato. Iría a Viena a procurarme de lo necesario.

—Está bien —asintió Bachmann.

Hesses salió de la estancia. Quedaron Helga y Bachmann, silenciosos, reflexionando. Por fin, se oyó la voz de Helga:

—Sólo falta discutir la dosis a aplicar.

—Pensaré sobre eso. Es su guardia, Helga.

—Sí... Ayúdeme a atarle, está muy excitado, asustado. No hemos debido hablar de él, delatarnos en su presencia.

—El caso sólo tiene una solución: hacerle hablar.

Entre ambos, venciendo la furiosa pero debilísima resistencia de Tolson, pudieron atarle a la camilla con correas de cuero, que le dejaron inmovilizado. Segundos más tarde, Bachmann se despedía con murmullos de Helga, a quien correspondía la guardia. Había que extremar las precauciones, ante la celeridad con que se agravaba Tolson.

—Quiero ver a Wilma —jadeaba Tolson—. ¡Quiero verla!

—No la necesita. Y no creo que ella lamente mucho su muerte.

—Ella tiene que ayudarme. Sabe que puedo hundirla... Sé demasiado sobre ella... ¿O por qué creen que me acogió en el castillo, y me obedeció, para ponerme en contacto con ustedes? Yo la obligué: tiene que obedecerme.

—Si eso es cierto, y no lo dudo, a Wilma le supondrá un alivio librarse de usted. Compréndalo: Wilma no le será de utilidad.

Tolson cerró los ojos, respiraba débilmente, en aquellos momentos.

—Ella no puede dejarme solo —musitó—. No puede. A Wilma le he prometido dinero, y su ambición...

—No quiere usted comprenderlo —cortó Helga—. Nadie obtendrá nada si usted persiste en su silencio. Fue usted quien nos llamó, ¿lo ha olvidado? Ha desplazado a Viena a personas importantes para Moscú. ¿Para nada, me pregunto yo? Si usted avisó a Moscú, es, supongo, por sentir alguna simpatía hacia nosotros. Por lo tanto, si usted va a morir, podría...

—¡No diga tonterías! Nada más lejos de mí que sentir simpatía hacia ustedes. Y la oferta es a cambio de dinero..., y de mi salud. Ya lo saben; diez millones de dólares, y mi salud. Ésta, en primer lugar. Puedo hacer el viaje a Moscú, pero sin los documentos.

—No, Tolson. Yo, aun en contra de la opinión de Bachmann, afirmo que usted no llegaría con vida a Moscú. Y sacarle de aquí y emprender el viaje, se convertiría en un riesgo inútil. Usted es sólo un moribundo, ya lo sabe. No tiene más de doce horas de vida.

Tolson sólo jadeaba, con fuerza decreciente, hasta que casi ni respiraba. Por su parte, Helga también guardaba silencio. Con respecto a la dosis de drogas, tenía ya su idea, y se trataba de coincidir en lo posible con Bachmann: intentar hacer hablar a Tolson sin someterle a torturas físicas.

* * *

Hacía unos instantes que Nelson Ford, ante el silencio que reinaba en la torreta, había guardado el receptor de sonidos.

La voz de Wilma le llegó gangosa, cálida:

—Cariño...

Nelson la miró, sonriendo; se estiró un poco, para llegar hasta los labios de Wilma, con brevedad.

—¿Cómo te sientes, amor? —inquirió.

—Maravillosa... ¿Es muy tarde?

—Apenas las siete de la mañana.

—¡Oh! Regresaré a mi habitación: ciertas cosas es preferible que queden en la intimidad.

—Te comprendo muy bien.

Wilma se quitó la sábana de encima, se puso el camisoncito transparente, y se acercó a Nelson, para besarle en los labios.

—Nos veremos luego, durante el desayuno —susurró.

Nelson la miró marchar. Ella, desde la puerta, aun le envió un beso con las puntas de los dedos, al que Nelson correspondió del mismo modo. Luego, el *playboy* encendió un cigarrillo. Aparecía virilmente desgredado, y su expresión, pétrea, hubiese sorprendido no poco a Wilma, de haber tenido ocasión de verla.

Tras fumar un cigarrillo, el agente del SAG decidió tomar un baño, que prolongó bastante rato, sometiéndose especialmente al rigor del agua bastante fría. Luego, se afeitó, se peinó... Sin prisas. Eligió de su equipaje un vestuario deportivo, encendió otro cigarrillo, y se sentó en el borde del lecho, con el auricular receptor introducido en el oído derecho.

—... Y yo opino que la dosis debe ser fuerte —era la voz de la doctora Lettau—. Nada conseguimos con medias tintas. Tolson va a morir, y nosotros sólo tenemos ese recurso. Yo, repito, lo emplearía al máximo de fuerza.

—¿Usted, Bachmann? —Era la voz de Hesses.

—Habrá que correr el riesgo; empeora por momentos.

—Entonces, de acuerdo. Se trata de actuar con eficacia, pero sin precipitaciones. Pienso que deberíamos haber recurrido antes a esta solución. Vamos a perder unas horas antes de poder emplear el suero de la verdad con Tolson. Es lógico: debo ir a Viena, buscar contacto, solicitar las drogas que necesitamos, y esperar... Calculo que mi regreso, con suerte, se producirá al anochecer. Y, claro, Tolson estará aún peor.

—Lo estará —dijo la doctora Lettau—. Progresivamente, se agrava.

—Espero llegar a tiempo —gruñó Hesses—. Si ustedes comprenden que no voy a llegar, intenten como sea hacerle hablar... Como sea. Ya no podemos detenemos.

—Lo haríamos —dijo Bachmann—. Pero no podemos sentir obstáculos cerca nuestro, Hesses. Supongamos que Wilma quiere ver a Tolson. O que Ford, en un descuido, trata de curiosear.

—No... No, no. Está previsto el plan a seguir con respecto a ellos. Wilma y Ford tienen que morir. Convenceré a Wilma de que debe alejar de aquí a Ford. Pueden... ¡yo qué sé!, realizar alguna excursión. O esquiar. Aún hay nieve en algunos puntos cerca de Bujk. Goringir irá con ellos, y se ocupará de ese asunto. A mi

regreso, y sin perder un segundo, aplicaremos el «pentothal» a Tolson. Y una vez en conocimiento de la verdad... Bien, ya se verá. Depende de dónde y cómo tenga ocultos los documentos. Ustedes dos son muy necesarios aquí, junto a Tolson. ¿Alguna objeción? ¿Más preguntas?

—Ninguna —se oyó, casi al unísono, a Helga y Bachmann.

—En este caso, sólo me resta hablar con Wilma, dar instrucciones a Goringe y salir hacia Viena. Atención: no se descuiden.

Hesses debió abandonar la torreta. Los doctores hablaban, pero sólo de datos técnicos sin interés alguno para Nelson, quien había oído más que suficiente.

Se desprendió el auricular, y esperó junto a la puerta hasta oír los pasos de Hesses, descendiendo de la torreta al pasillo. Le oyó meterse en su cuarto, y entonces, tranquilamente, salió al pasillo, casi tropezando con Goringe, quien sonrió amablemente, fingiendo haber salido en aquel momento de su cuarto.

—Señor Ford, no le suponía tan madrugador —dijo—. ¿Qué tal la noche en el castillo?

—Perfecta. ¡Y sin fantasmas! —rió Nelson.

—Envidió su buen humor habitual... ¿Va a dar un paseo por los prados? A estas horas es algo digno de vivirse, se lo aseguro.

—No lo dudo, querido Goringe, pero acostumbro a tomar un par de cafés cuando siento aún el calor de las sábanas. Luego, un buen sillón, cigarrillos, música... Aunque, eso sí, habrá que ir pensando sobre la forma de aprovechar este magnífico día. ¿Se le ocurre algo?

—Pues...

—¿Sabe una cosa, *herr* Goringe? He estado pensando un poco sobre lo que me decía anoche Hesses. Usted, al parecer, es un experto en safaris africanos, y hace ya tiempo que me bulle en la cabeza la idea de un buen safari... ¿Cree que podríamos hablar sobre eso más despacio?

—Es mi tema, naturalmente. Con mucho gusto, querido Ford.

—Magnífico... ¿Hasta luego, entonces?

—Por supuesto.

Nelson se dirigió hacia las escaleras que conducían al vestíbulo. Goringe se quedó observándole, y cuando entendió que Ford se

limitaría a sus cafés, decidió ir al cuarto de Hesses, quien le había hecho antes una seña.

Por lo demás, era poco menos que absurdo, casi estúpido, perder el tiempo con un hombre como Ford. Goringer había visto salir a Wilma del cuarto de Ford, con las huellas de la noche pasada, con aquel salto de cama...

En aquel momento, se abrió la puerta del cuarto de Hesses, que apareció, rezongando:

—Date prisa, Goringer. Trae a Wilma, quiero hablar con ella también. Luego, tú recibirás instrucciones especiales.

Goringer asintió con la cabeza.

CAPÍTULO VI

Fue Goringer quien dijo:

—Voy a buscar más leña. Si se atreve, Nelson, tome un hacha y acompáñeme: habrá que cortar algunos troncos.

—Cuando termine este vodka, querido Otto.

Goringer salió de la cabaña. Una construcción de gran solidez, cuyas paredes, por el exterior, estaban decoradas con troncos, no era muy grande, pero reunía indiscutibles comodidades. Además, en aquel pico montañoso, donde había nieve y pistas aún utilizables, la tarde solía ser fría, de ahí que en el hogar crepitaran alegremente unos leños, ya a punto de consumirse.

Nelson y Wilma estaban sentados en el sofá, frente al fuego, muy juntos, cada uno con un vaso de vodka en la mano. Y en cuanto hubo desaparecido Goringer, Wilma, con ojos casi velados por un incontenible deseo, aplastó su boca contra la de Nelson, que parecía no corresponder a la pasión de la bella. Ésta se dio cuenta y se separó de él, mirándole a los ojos, escrutándole.

—Nelson..., amor mío, ¿qué te ocurre?

—Nada.

—Has estado muy raro hoy, durante todo el día. Apenas has esquiado, no has querido encontrarte a solas conmigo. Has perdido la mayor parte del tiempo con Goringer, hablando de safaris. Por favor, amor mío, dime qué te sucede.

—Nada, ya te lo he dicho.

—Te lo ruego... ¿No me amas? ¿Es esto?

—Sí, Wilma... Claro que te amo, y más que un poco, mucho más... Es... es por eso... Tienes razón, he pasado un día infernal, muy nervioso... Un día de pesadilla.

—Pero, Nelson..., somos personas inteligentes, y... ¿Crees en las

alucinaciones?

—¡Pues ya no puedo más! Esta tensión... Si no han sido alucinaciones, algo malo nos ocurrirá, Wilma; de ahí mi tensión de todo el día, mi terror...

—¿Terror? Nelson, no comprendo...

—¡Es todo tan fantástico! Quizá ha sido sólo cosa de mi pobre cabeza.

—¿A qué te refieres?

—¡A Otto!

—¿Otto?

—¡Quiere matarnos!

De súbito, el rostro de Wilma perdió todo vestigio de color; incluso se puso en pie, mirando con mucha fijeza a Nelson, que fingía perfectamente su miedo. Wilma estaba como petrificada en aquellos momentos. Soberbia en su belleza.

—Debes estar en un error, Nelson —susurró, por fin.

—Sí, supongo que sí... Repito que debe ser cosa de pesadilla, de sueño infernal. Pero, no sé... ¡Yo creo que lo oí! Era Hesses quien hablaba con Otto. Era Hesses, sí. Ellos, claro está, no sabían que yo les estaba oyendo, y... y hablaron de ti, de mí, y de un hombre al que no conozco; un tal Tolson, creo... y de otras cosas terribles, increíbles. O quizá me estoy volviendo loco.

—Sigue. Sigue explicando lo que oíste —pidió con voz tensa Wilma.

Nelson tragó saliva.

—Hesses tiene que ir a Viena; y dijo que regresaría por la noche con el suero de la verdad... ¿No es fantástico? Y que lo aplicarían a ese Tolson... Y ordenó a Goring que nos matase a ti y a mí. Pero debo estar equivocado. Eso es. Otto se ha mostrado simpático y amable todo el día; me ha interesado mucho su conversación sobre safaris... Y yo, durante muchas horas, en tensión, en espera de que Otto nos matase... ¡Y no puedo más! Creo que voy a sincerarme con Otto, y...

—Nada de eso —cortó Wilma.

—Pero...

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —inquirió ella, casi con rabia.

—Era tan absurdo, tan irreal... Pero ¿tú me crees?

—Por supuesto que sí.

—Pero... ¡no es posible! Yo, yo... yo quiero irme de aquí.

—Nelson, amor mío, no debes temer...

—¡Nos matará!

Wilma se acercó a Nelson, se inclinó, y le besó en los labios, pero él rechazaba el beso, muy nervioso.

—Wilma..., quiere que vaya a cortar leña con él... Me matará con el hacha, estoy seguro. Y luego te matará a ti... Podemos huir con el coche, mientras él corta leña, y avisamos a la policía desde el primer teléfono que encontremos. Pero... la policía no nos creerá. ¿Por qué Otto ha de querer matarnos? ¿Por qué?

—Tranquilízate, amor. No ocurrirá nada —susurró Wilma.

Se dirigió hacia un estante situado en una pared lateral abrió un cajón e introdujo la mano en él; cuando retiró la mano y la situó a su espalda Nelson no había visto aún lo que había tomado de allí. Luego, con paso lento, cadencioso, en silencio, Wilma fue a sentarse de nuevo junto a Nelson, quien la miraba con la expresión de quien no comprende nada.

—Dime, Wilma; ¿por qué Hesses ha de ordenar a Otto que nos mate a ti y a mí?

—Calla ahora, Nelson: creo que llega Otto.

Nelson, como aterrado, miraba hacia la puerta. Wilma estaba inmóvil, ocultando la mano derecha.

En efecto, se abrió la puerta, y apareció Otto con una brazada de leña, y sonriendo con cierta ironía, mirando a Nelson.

—No se decidió, veo. Voy a...

—Cierre la puerta con el tacón de la bota, y no suelte la leña, Goring —ordenó, secamente, Wilma.

Ahora mostraba su diestra, armada con una automática de largo cañón, en el que estaba acoplado el tubo silenciador. Otto permaneció muy quieto durante unos segundos; luego, obedeció, cerrando la puerta con el tacón, y conservando la carga de leña.

—¿Qué significa esto, Wilma? —masculló.

—Cuéntaselo, Nelson —pidió la baronesa.

—Hesses le ordenó que nos matase... —Casi gimió Nelson.

Otto palideció. Intentó una sonrisa, que resultó una poco convincente mueca en su rostro.

—Por favor, Nelson, eso es...

—¡Lo oí! Y lo de ese Tolson, lo del suero de la verdad...

¿También va a negarlo? Todo el día he estado temiendo ser asesinado... ¡No puedo más!

Otto miró a Wilma, y se humedeció los labios.

—Wilma, no es...

—No te molestes, Otto. Sé muy bien lo que significa la orden de Hesses. Sé muy bien, después de oír a Nelson, lo que significa la utilización del «pentothal» y la orden de mi muerte. Es evidente que mi utilidad es ya prácticamente nula, y sé demasiado... Es decir, sé muy poco, como vosotros, sobre el secreto de Tolson, pero os conozco, sé quiénes sois... Y esto es demasiado, ¿no es así?

—Se puede solucionar, Wilma. La situación...

—Es suficiente, Goringe —cortó ella, fríamente.

Apretó el gatillo, por dos veces. Sonaron dos chasquidos, y Nelson gritó al ver aparecer una rosa roja en el pecho de Goringe, y luego una pequeña fuente de sangre en el cuello de aquel hombre. Fuertemente empujado por las balas, Goringe cayó hacia atrás, chocó contra la puerta, rebotó, y, por fin, abrazado a su carga de leña, cayó de bruces.

Lentamente, con los ojos casi desorbitados, Nelson se estaba poniendo en pie.

Wilma le miraba con cierta ansiedad.

—Nelson..., lo he hecho por nuestras vidas —susurró—. Te amo, no podía permitir que te hicieran daño. ¡Mucho menos, que te matasen...!

Nelson inclinó la cabeza. Con alguna dificultad, se dirigió al mueble-bar, y lo abrió. Siempre de espaldas a Wilma, Nelson extrajo la botella de vodka, y un vaso, que llenó casi hasta los bordes. Iba a beber, pero pareció serenarse un poco, porque giró en corto ángulo, e inquirió, con voz trémula:

—¿Quieres un poco? Yo, yo... lo necesito.

—Yo también. Sí, por favor, un poco.

Nelson preparó otro vodka, y fue con los dos vasos hacia el sofá; entregó el vaso correspondiente a Wilma, y luego se sentó, bebiendo casi la mitad de la dosis, de golpe. Wilma apenas se humedeció los labios; dejó la pistola sobre la mesita de centro, y se volvió hacia Nelson, que casi tartamudeó:

—Pero lo de ese Tolson, el suero de la verdad.

—Nelson..., yo quisiera... quisiera ser otra mujer, te lo juro. Una

mujer digna de ti. —Wilma dejó el sillón, para situarse de rodillas delante de Nelson, tomando las manos de éste—. Quiero sincerarme contigo, quiero que conozcas mi pasado... No digas nada, te lo ruego. Yo fui una aventurera, Nelson. Mi belleza, unida a desfavorables circunstancias, me empujó a ello... Rodé por el mundo, con apenas veinte años. Por todo el mundo. Pero no quiero entrar en demasiados detalles, te explicaré cómo conocí a Tolson, en

Hong-Kong.

Yo andaba metida en asuntos de narcóticos, en gran escala...

Nelson abrió mucho los ojos.

—¿Qué... qué estás diciendo?

—¿Te horroriza oírme?

—Bien... Yo... Bueno, no sé...

—Basta, con que trates de comprender; te suplico un poco de humanidad... Tolson pertenece, o pertenecía, al Servicio de Narcóticos de Estados Unidos, y me atrapó. Yo le di todo lo que tengo. Se enamoró de mí, vivimos un tiempo juntos en Oriente, en un secreto total. Luego, él consiguió un cargo más importante, y... me dejó en libertad. Fue cuando regresé a Europa, con mucho conocimiento del mundo. Conocí al barón von Seyss, y me casé con él. Desde entonces, he sido una persona decente. Desde que conocí al barón, no ha habido un hombre en mi vida, excepto tú. Pero Tolson se ha metido en un lío, y en Viena recurrió a mí: me obligó a ocultarle en el castillo, y a avisar a un grupo de amigos suyos, me dijo. Y yo, claro, he ido descubriendo más cosas...

—Casi no puedo creerte, Wilma...

—Te he dicho la verdad. Yo había olvidado a Tolson, pero él se presentó en Viena, me... chantajeó, por decirlo así. Si yo no le ayudaba, se ocuparía de que todo el mundo supiera quién fue Wilma Rilke antes de convertirse en la baronesa von Seyss. Tuve que ceder, y avisé a Hesses. Pretenden de Tolson un secreto que creo que es muy importante; importantísimo. Tienen un interés desmedido, extraño. No sé si Tolson es tan importante, pero los hechos están demostrando que sí. Oh, no quiero omitir decirte que son un grupo de aventureros al servicio de los rusos.

—Wilma..., hay., hay que avisar a la policía.

—Nada de eso, cariño. No es posible.

—Pero...

—Deja que yo resuelva esto. Tú, mientras, reflexiona, Soy una mujer que te ama, y que no desea volver a un pasado incierto, lleno de miseria, de terror, de mentira, de basura... Ya sé que nada de esto hay en tu vida, Nelson, y te suplico que seas humano conmigo. Así que vamos a volver al castillo y...

—¡Yo no vuelvo al castillo! ¡Nos matarán! Y a mí no me importa nada de todo esto...

—¿Y yo? ¿Y yo, amor mío, te importo algo?

Nelson se humedeció los labios.

—Sí..., pero el castillo será... será una trampa. Y yo no puedo ayudarte. Tengo miedo.

—No has de hacer nada, Nelson. ¡Nada! Sólo amarme hasta que tú quieras. ¿Te pido demasiado? Yo... quizá tenga que huir muy pronto de aquí... Cuando en Moscú se enteren de lo ocurrido, mandarán asesinos a ejecutarme. Tengo que alejarme pronto de aquí. Puedo huir con los documentos de Tolson, y conseguir mucho dinero por ellos. Pero a ti no te importa el dinero, es claro...

Wilma puso la cabeza sobre las rodillas de Nelson, permaneciendo así unos instantes. De pronto, bruscamente, se puso en pie.

—Tenemos que regresar urgentemente al castillo —dijo—. Llegará Hesses con ese suero, y tengo que enterarme de la verdad, del secreto de Tolson. Y... matarles. ¡Matarles a todos!

—No hables así, te lo ruego —pidió Nelson, «aterrado»—. Ni me obligues a volver allí, por favor.

—Llamarías a la policía, si te quedases aquí.

—¡No! ¡No lo haré! No, no... Yo no quiero mezclarme en nada de esto. Por mi nombre, por mi prestigio, compréndelo. Una cosa es que los periodistas se ocupen de uno por vago, por millonario, o por juerguista, y otra muy distinta es que aparezca mi nombre en los titulares mezclado con un crimen, o más de uno... Yo te esperaré aquí, Wilma. No creas que soy inhumano. Eso no. Te he escuchado, te amo, y quiero reflexionar sobre ti y sobre mí... Te espero aquí.

Wilma vacilaba visiblemente, pero acabó por inclinarse para besar de nuevo a Nelson en los labios. Y esta vez encontró un poco más de calor en Nelson.

—No te asustes si tardo en volver aquí, amor mío. Regresaré.

Tengo que regresar.

—¿Y si lo que descubres es tan importante como dices, y te convencen para que les ayudes, o para matarme?

—Nada más importante que tú. Volveré. Tengo que llevarme el coche, Nelson...

—Sí, ya sé... ¡Si yo tuviera valor!

—Lo tengo yo, y con eso basta. Sé muy bien que un día, quizá muy pronto, me echarás de tu lado. Lo sé, pero no importa. Una persona ha vivido, lo ha tenido todo en la vida, cuando ha amado como yo lo estoy haciendo ahora...

Se volvió bruscamente, dirigiéndose hacia la puerta. Con una seca sonrisa en los labios, Nelson esperó a oír el motor del coche. Ocurrió unos segundos más tarde. Entonces, encendió un cigarrillo y se puso en pie. No le gustaba dejar cadáveres visibles, así que con una pala cubriría de nieve el cuerpo de Otto Goring. Luego, un paseo de cinco minutos le conduciría al lugar clave. Y era de esperar que su rápida llamada telefónica a Eugenia hubiese dado resultado.

Una vez concluido el trabajo de enterrar en la nieve a Goring, examinó todo lo que había hecho y tocado, para comprobar que estaba en orden. Y ya sin más, abandonó la cabaña, dirigiéndose bosque nevado abajo, en busca del coche que Eugenia, por medio de alguien de su entera confianza, y a quien no tenía que dar explicaciones, le habría dejado en el lugar convenido.

Allí estaba el coche: un viejo modelo oscuro, bien situado entre abetos.

Llegó junto al vehículo, miró alrededor, y luego, convencido de que nadie había por allí, se sentó ante el volante. Entonces, vio el pequeño papel colocado casi verticalmente en la ranura del claxon. Lo retiró, y contempló, fotografió más que leyó, las palabras escritas allí:

TE AMO

El agente del SAG tuvo la impresión de que su mente efectuaba un brusco salto en el tiempo y en el espacio, y se encontró en un jardín, besando a una muchacha que no podía sostenerse en pie... Acto seguido, estaba en un dormitorio elegante, distinguido. La figura de la muchacha se le apareció nítidamente, sentada en el

borde de la cama. Ella parecía hecha de nieve y de luz... Sí, todo estaba lleno de aquella intensa luz que brotaba de los hermosos ojos de la muchacha.

«Nelson, quédate... Quédate conmigo toda la noche, por favor...».

Nelson Ford abrió los ojos, pero la imagen persistía. Era como si tuviese en sus labios los de Eugenia. Miró el papelito.

TE AMO

—No —movió la cabeza Nelson Ford—. No, no... ¡No!

Bruscamente, puso el coche en marcha, y poco más tarde rodaba en busca de la serpenteante y estrecha carretera que se dirigía hacia Semmering, hacia el castillo de Seyss.

* * *

Lo primero que todos hacían, naturalmente, antes de entrar en la torreta donde estaba aquella fuente de contaminación radiactiva que era Raymond W. Tolson, era colocarse el traje especial, la mascarilla de potentes filtros, y los amplios guantes de goma. En conjunto, adquirirían un aspecto un tanto extraño, con cierto parecido a un astronauta.

Manfred Hesses, un poco nervioso, acabó de equiparse y luego salió de su habitación, recorriendo apresuradamente el pasillo, en busca de la escalera de caracol que conducía a la entrada de la torreta. Llegó ante la puerta llamó, y unos segundos más tarde se reunía con la guapa doctora Helga Lettau, que parecía cansada, nerviosa. Su bello rostro estaba algo crispado por la tensión.

—Ha tardado, Hesses —musitó—. Y es urgentísimo hacer algo.

Hesses había entrado, y cerró la puerta.

En silencio, miró a Tolson, que tenía el rostro como una máscara rojiza, hinchado. Apenas le quedaban unos mechones de cabellos en el cráneo, y respiraba fatigosamente; no parecía tener fuerzas ni para mirar a Hesses, por lo cual éste dirigió su mirada, fría en aquellos momentos, a Bachmann.

—Debió confiar en Helga —dijo, secamente—. Ella estaba acertada, Bachmann. Usted se ha mostrado en todo momento

absurdamente optimista, y lo peor es que yo me he dejado sugestionar por usted, porque me interesaba creer que todo iba bien, he de confesarlo.

—Yo mantenía la esperanza de que...

—Usted, para lo sucesivo, atégase a la estricta realidad. Quiero que comprenda una cosa: usted no es capitán de barco, ni se hunde con él. Yo tampoco lo soy, ni ninguno de nosotros. En todo caso, nosotros somos las ratas de ese barco, ¿comprende? Y como tales, hemos de abandonarlo antes de la catástrofe. Repito: hemos de atenernos a la más estricta realidad, y actuar en consecuencia. Veamos, ¿qué ocurrirá ahora, al suministrarle esas drogas?

Bachmann se humedeció los labios. Unas gotas de sudor apuntaron en su amplia frente.

—Yo haré que surtan efecto, Hesses... Como sea.

—¿Es sólo optimismo por su parte, o tiene alguna base?

—Lo soportaré, estoy seguro.

—Aquí está, entonces. «Pentothal sódico», «penolina de magnesio» y adrenalina.

—No hay dificultades, Hesses. Y yo estoy muy cansada...

—De acuerdo, Helga. Lo comprendo. Creo que le conviene un paseo, o un pequeño descanso. Lo que ocurrirá aquí cuando el «pentothal» empiece a hacer efecto, no será agradable si hemos de ayudar de algún modo a Tolson a hacer memoria. Puede irse. Por cierto, veo que no ha llegado Goring. Espérole abajo, por favor.

Helga incluso consiguió una sonrisa.

—Gracias, Hesses. Necesitaba esta pausa —dijo.

CAPÍTULO VII

La doctora Lettau había prescindido de la mascarilla y los guantes, que llevaba en un amplio bolsillo del traje especial, color plata, compuesto por casaca y pantalones amplios. Las delicadas formas de Helga quedaban bien disimuladas, pero no su rostro, ni el negro cabello que brillaba bajo la lima.

Se dedicó a un paseo, tratando de relajarse. Se estaba bien por aquellos prados, por los senderos entre los grandes árboles. Y se encontraba algo mejor, cuando recordó que no había visto a Goringer, ni le había oído llegar. No era para inquietarse, teniendo en cuenta que Goringer, en definitiva, había sido destinado al trabajo más fácil: deshacerse de una mujer y del imbécil de Ford.

Helga fue acercándose al castillo. Le gustaba el lugar. Le agradaban las puntas de las torres, la hiedra y las enredaderas.

Quedó como petrificada cuando su vista quedó fija en un punto de la pared del castillo, situada casi en la parte de atrás, donde ella se encontraba en aquellos momentos. Veía algo que...

Una sombra, abajo, estaba tanteando los troncos de las enredaderas, tiraba de las ramas, como probando su resistencia al peso. Una sombra que no podía identificar bien. Pero luego vio que se trataba de un hombre muy ágil que iniciaba la escalada con gran soltura.

Y mientras le miraba, aún estupefacta, empezó a darse cuenta del punto de entrada que buscaba aquel hombre, parecía dirigirse a la ventana del cuarto de Ford. Helga vaciló un poco, pero tomó la decisión de correr hacia la entrada del castillo. No se detuvo hasta llegar frente a la puerta del cuarto de Ford. Pensó algo, y recorrió veinte metros, diez de ida y diez de vuelta, para ir a su habitación en busca de una pistola. Y ya con ésta en la mano, pasó al cuarto,

en el momento en que oía rumores en la ventana.

A quien fuese le era muy fácil entrar, porque el estúpido de Ford se había dejado la ventana abierta, al parecer. Y allí estaba el hombre, pasando por un lado de las cortinas, sin descorrerlas. Y en cuanto el hombre estuvo casi en el centro de la estancia, Helga encendió la luz, atrapándole de lleno.

Nelson Ford tuvo suficiente con un segundo para comprender la situación, y su reacción fue soltar un gritito de espanto, para mirar luego con los ojos muy abiertos, con desmesurado asombro, a Helga, que estaba realmente más sorprendida que Nelson.

—¿Usted, Ford? —exclamó por fin, apuntándole con la pistola.

—Helga..., ¿qué? Ese traje. ¡Oh, caramba, se me debió advertir que habría baile de disfraces en el castillo esta noche!

—No sé si es sentido del humor, cinismo, valor, o auténtica imbecilidad por su parte —dijo Helga, secamente...

—¿Qué quiere decir? —Se asomó Nelson—. ¡No la comprendo!

—¿Qué hace aquí, y por qué no ha utilizado la puerta para entrar, como todo el mundo? —inquirió Helga—. Y diga, ¿dónde están Goring y Wilma?

Nelson se llevó las manos a la cabeza, y la sacudió sin mirar a Helga, sin responder; fue a sentarse en un sillón, manteniendo aún la cabeza entre las manos.

—¡Responda! —ordenó Helga, secamente.

El la miró, como desolado.

—¡No lo sé! —exclamó—. Desaparecieron los dos. Estábamos en la cabaña de la baronesa, en la nieve. Desaparecieron. Oí que el coche se iba, y me dejaron solo. Estuve esperando, pero no regresaban. No me gustaba la idea de pasar la noche allí a solas, sin saber qué sucedía. No me gustan los misterios, y... Bueno, quizá ha sido una tontería, pero he pensado eso: que hay misterio. Por eso quise entrar por la ventana.

—¿Y cómo ha llegado al castillo?

—Hice auto-stop, una vez en la carretera...

—Entonces, no sabe nada de Goring y la baronesa.

—No... Pero quiero encontrarla. La amo... ¿Va a ocurrirle algo? ¿Por qué ese traje y esa pistola, Helga? Si es una broma...

—Mi sentido del humor no es tan bueno como el de usted, se lo aseguro —cortó Helga.

Nelson parecía consternado, incluso atemorizado.

—Helga..., ¿qué se propone? ¿Quiere robar a la baronesa?

—No diga tonterías.

—Entonces, ¿ese disfraz, esa pistola...?

—Cállese.

Helga estaba un poco desconcertada, y quería pensar. Aquel hombre sólo haría que confundirla si le dejaba abrir la boca. Lo evidente era que Ford había regresado al castillo, y Goring y Wilma no. Así que Helga miró con más atención a aquel hombre. Un tipo impresionante, Alto, de poderosos hombros, rostro viril capaz de provocar poco menos que el desmayo en mujeres impresionables... Iba vestido de un modo un tanto raro: pantalón negro, jersey también negro, y aquella cazadora reversible, que mostraba el lado oscuro.

Helga se sentó, a unos metros de Nelson, quedando frente a él, siempre amenazándole con la pistola. Hubiera avisado a Hesses de lo que ocurría, pero, era obvio, no podía en aquellos momentos interrumpir el proceso de interrogatorio de Tolson, que ya debía estar en marcha. Por otra parte, no ofrecía el menor peligro permanecer allí, sin más trabajo que mantener a Ford bajo la amenaza de su pistola automática.

—Helga, tiene que escucharme... Quiero irme de aquí.

—Cállese, le he dicho. Si vuelve a abrir la boca, lo mato.

Nelson entendió que Helga estaba muy nerviosa, y cerró la boca. Le convenía. Estaba, en realidad, oyendo ya cosas bastante interesantes, por medio de su auricular-receptor, que se había colocado mientras se llevaba las manos a la cabeza para gemir, «muy consternado».

En cuanto a Helga, había repasado la situación, y lo que hizo fue apagar la luz eso tan sólo. Con la claridad ambiente que llegaba por la ventana abierta, veía a Nelson, y le dominaba.

Nelson estaba muy atento a lo que oía.

* * *

En el más absoluto silencio, Hesses había estado observando todos los movimientos del doctor Bachmann. Éste, por fin, le miró, y dijo:

—Dentro de un minuto podrá empezar el interrogatorio, Hesses. El «pentothal» hará efecto, y la «penolina» también.

—¿Y la otra droga?

—La adrenalina está lista para inyectar si observo algún fallo o deficiencia en el corazón de Tolson. Bien. Cuando quiera.

Hesses miró a Tolson, que estaba dormido en aquellos momentos; sudoroso, monstruoso. Aquello, en verdad, ya no era un hombre, sino un despojo radiactivo, tan sólo.

—Tolson, dígame su nombre completo y su edad.

Tolson sólo se agitaba.

—¡Responda! —Casi aulló Hesses.

—Me llamo... Raymond William Tolson. Tengo, cuarenta años...

—¿Dónde nació?

—En Racine, Wisconsin, Estados Unidos...

—¿Dónde están los documentos?

—¡NOOOO...!

Hesses pestañeó, furioso, y miró a Bachmann.

—Más dosis, Bachmann —ordenó.

—Pero...

—¡Más dosis! Hay que intentarlo todo. ¡Ahora!

Bachmann obedeció. Más dosis. Mientras, Hesses miraba, como obsesionado, el rostro rojizo de Tolson, cada vez más deforme, irreconocible. Le vio caer otro mechón de cabellos, allí, al suelo, a la cabecera de la camilla.

—Inténtelo de nuevo —musitó Bachmann.

Hesses aún se acercó más a Tolson.

—Está entre amigos, Tolson... Nos llamó para confiarnos un importante secreto, ¿lo recuerda? A cambio, vamos a devolverle la salud, y le entregaremos diez millones de dólares. Estamos haciendo todo lo posible para curarle. Usted debe correspondernos: ¿cuál es el secreto?

—Wilma... Wilma...

—¿Ella lo sabe?

—Wilma, no me...

—¡Responda! ¿Wilma lo sabe? —estalló Hesses.

—No... No lo sabe...

—¿Sólo usted?

—Sí, sólo yo...

—¿Dónde consiguió conocer el secreto? Fue en Oriente, ¿no es así?

—Sí...

Hesses respiró hondo. Miró a Bachmann, que asintió; aquello iba bien. Tolson empezaba a ceder. Era significativo que ya reconociera haberse enterado del *affaire* en Oriente.

—¿En qué parte de Oriente? ¿Lo recuerda?

—Sí, desde luego...

—¡Pues dígallo! ¿En qué parte de Oriente?

—En Birmania...

—Birmania... Debe concretar, Tolson.

—Yo iba a pasar la India, me encontraba en Putao, en el pueblo más septentrional de Birmania. Para pasar a la India iba a utilizar el Paso de Pangsau. Iba a adquirir una cosecha de narcóticos, aún en la planta. Ése es mi trabajo. Es una zona entre la India y Bhutan...

—No nos explique en qué consiste su trabajo. Cíñase a los hechos.

—La cosecha era importante...

—¡Concrete en qué lugar de Birmania ocurren ciertas cosas! Entre ellas, algo que a usted le ha contaminado de radiactividad.

—Allí, en Putao, conocí a...

—Ya nos dirá eso luego, Tolson. Diga lo indispensable. Esto es: zona exacta de Birmania, y sucesos. ¿Comprendido?

—Sí...

—¡Pues hable!

—Me curarán... Ustedes me curarán...

—No lo dude, Tolson.

—Ustedes me...

—¡Maldita sea, hable, hable...!

Hesses se había abalanzado contra Tolson, pero Bachmann, que adivinó la furiosa reacción de aquel hombre, se había interpuesto, y consiguió detenerle, forcejeando con él unos segundos, hasta que Hesses se serenó, empujó a Bachmann, y quedó de nuevo junto a Tolson. Su voz sonó más calmada de nuevo:

—¿Zona exacta de Birmania? —inquirió.

—Está... tocando la frontera con China. Es... tierra de nadie, en realidad. Me sorprendió mucho enterarme. Tierra de nadie. Una franja de tierra de varios kilómetros de longitud y anchura. No es

China, ni es Birmania. Tierra que pertenecía a una antiquísima familia birmana. Su propietario, hasta que se efectuó el trato, era Nu Sama Sinwa...

—Lugar exacto, Tolson.

—A noventa y ocho kilómetros al noroeste de Putao.

—Diga: ¿por qué se contaminó usted?

—Estuve allí.

—¿Sólo por eso?

—Yo quería ver...

—¡No importa lo que usted quisiera ver, sino lo que vio! —cortó Hesses—. Bien, es evidente que en esa franja de tierra tan estratégica se efectúan pruebas nucleares, ¿no es así?

—Sí...

—¿Los chinos?

—No... No, no... Estados Unidos...

—¡Está mintiendo!

—No, no. Estuve demasiado cerca, y sin protección antirradiaciones. Presenció una prueba, o sus efectos, al menos. No son de mucha potencia, pero..., las efectúan... Hay allí una base de controles y alarmas... Una base atómica, que, si bien no es importante en cuanto a su poderío, es, quizá, la más importante de Estados Unidos, por su estrategia. Hay rampas para el lanzamiento de proyectiles, hay... hay... refugios atómicos, bombarderos. Hay muchos sótanos... Es...

—Bachmann, ¿qué pasa? Se cansa mucho.

—El corazón le está fallando.

—¡Pues inyéctele adrenalina! ¡Tiene que continuar, sea como sea! Vamos, ¿qué está esperando?

—¡No estoy trabajando con un muñeco! —se excitó Bachmann.

Bachmann empleó cinco minutos en cuidar del estado del corazón de Tolson, que pareció rehacerse tras la inyección de adrenalina.

—¿Convendría más dosis? —inquirió Hesses.

—Yo, en su lugar, interrogaría rápido, eso es todo.

—Está bien, Tolson, ¿me oye?

—Sí...

—En esa franja, pues, hay una base atómica americana, perfectamente camuflada, y que podría destruir las principales

ciudades chinas en pocos minutos. ¿No es así?

—Sí. Yo me enteré porque...

—Deje eso ahora. Se supone que Birmania desconoce lo que sucede.

—Ya le he dicho que no es territorio birmano. Una franja en blanco... Nu Sama Sinwa, el propietario de la franja, entró en tratos con los estadounidenses, al parecer por medio de un agente de la CIA, que es desconocido..., Nu Sama Sinwa aceptó el arriendo de esa franja de tierra, durante noventa y nueve años... El procedimiento a seguir fue el mismo que en cualquier isla o base que se arrienda a países amigos. Un arriendo durante noventa y nueve años. El precio es de dos millones de dólares anuales. Fui a Nueva York, y maté a Nu Sama Sinwa... Yo sólo trataba de robar, pero me sorprendió... Pensé que Rusia me daría mucho dinero por esos papeles.

—¿Y por qué no China?

—No sé... Cuestión de conciencia, en cierto modo. De ofrecer mis conocimientos a China, es fácil imaginar que tal base americana en ese punto hubiera podido encender la mecha de una nueva guerra mundial. En cambio, pensé que Rusia podría, con esos conocimientos, realizar jugadas estratégicas, sin llegar a la guerra.

—Es usted todo un pacifista, Tolson —gruñó Hesses—. Ahora, dígame: ¿dónde ha guardado esos papeles?

—Ustedes no me han curado aún...

—Pero usted va a decirnos dónde están, ¿no es así? Usted lo sabe, lo recuerda bien, y no puede mentir.

—No puedo mentir...

—¡Dígalos! ¿Dónde guardó esos documentos? Usted, según sabemos, desapareció de Estados Unidos, y apareció en Europa. Concretamente, en Viena. ¿Ha depositado esos documentos en Viena?

—Sí...

—¿Dónde?

—En Viena...

—Puntualice.

Tolson jadeaba fuertemente, era evidente su lucha entre la droga y el consciente.

—Hable, Tolson, y luego descansará. Le conduciremos a Moscú,

se repondrá totalmente. ¿En qué lugar de Viena tiene esos papeles?

—En Correos...

—¿Un apartado?

—Con combinación... Una caja con combinación...

—Un apartado de caja con combinación. ¿No tiene llave?

—No, claro...

—Dígame la combinación, entonces.

—Mi... nombre...

—¿Tolson?

—Las... iniciales...

—¿R T?

—

R W T...

—Raymond Williams Tolson. Bien. ¿Qué más?

—La edad...

—Entonces, la combinación es

R W T

40. ¿Es eso?

—Sí...

Hesses se separó de Tolson, y Bachmann le miró, esperando nuevas instrucciones. Hesses le miró de pronto.

—Si cabe alguna posibilidad, Bachmann, manténgale vivo hasta mañana. Esta noche ya no podemos ir a Correos. No podrá ser hasta mañana por la mañana, pero incluso nos conviene más así, puesto que podré pasar inadvertido entre el público. Aunque remota, cabe la posibilidad de que Tolson no haya dicho toda la verdad, así que no quiero confiarme. Por lo tanto, sólo cuando tenga los documentos, mañana, le mataremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Estoy aún asombrado... Es mucho más importante de lo que yo podía imaginar.

—Y aún no nos hemos hecho bien a la idea. No sabría definirle muy bien lo que tenemos en nuestras manos, Bachmann, pero podría ser lo que diese el giro completo a la situación de Extremo Oriente. Vamos a destrozar la política de Estados Unidos. El mundo entenderá que Estados Unidos solo sabe de la fuerza. De la destructora fuerza atómica, por más pactos que firme. Los hundimos, los aislamos en la Tierra, Bachmann, se lo aseguro. En todo el mundo se producirán reacciones en contra de Estados

Unidos.

Bachmann estaba tan impresionado que no acertaba a decir palabra. Los fríos ojos de Hesses destellaban en aquellos momentos.

—A lo suyo, Bachmann. Le mandaré a Helga para que le releve, ya habrá descansado suficiente. Además, hay que averiguar qué pasa con Goring, con Wilma, y Ford.

—Sí... Voy a...

En aquel momento, la puerta de la torreta se abrió con cierta violencia, y alguien entró. Alguien que empuñaba una pistola, y vestía traje anticontaminación, como los otros: Wilma Rilke.

Hesses pestañeó. Tan sólo eso, mirando a Wilma, que avanzó un par de pasos, tras cerrar la puerta.

—¿Has hablado, Raymond? —inquirió Wilma.

—S-s-sí... En Correos... Combinación: R W T 40. Ahora..., me matarán... Wilma, mátales a los dos... Y llévame a algún sitio donde puedan curarme... Son diez millones de dólares. Intentaremos de nuevo la operación, y los beneficios serán para ambos... Hemos sido buenos amigos, Wilma, te quise, incluso... Vivimos en Hong-Kong...

—No hace falta que te canses. Lo recuerdo muy bien, Raymond.

—Mátales...

—Por supuesto que voy a hacerlo. Cállate ahora, Raymond. ¿Qué va a hacer usted, Bachmann?

—Aplicarle adrenalina.

—Bien... Pero cuidado.

Wilma, dominando la situación, se encaró con Hesses, que en aquellos momentos se mostraba por completo inexpresivo.

—¿Dónde están Goring y Ford? —inquirió.

—Muertos.

—¿Los dos?

—Sí. Y ahora, morirán ustedes, Hesses. Sé lo suficiente para vivir como siempre he deseado, con el dinero que me proporcionarán esos documentos. Y es curioso... Usted se asombraría mucho si supiera cómo he llegado a esta situación, quién me informó de todo, con tanta inocencia... ¡Y ahora, la morir, Hesses!

Ocurrió algo más, no obstante, no previsto por Wilma.

CAPÍTULO VIII

Sentado en el sillón, inmóvil, con gesto casi patético, que convencía totalmente a Helga, el agente del SAG Nelson Ford, había oído más que suficiente.

Se puso en pie, lentamente.

—Le dije que no se moviera, Ford —dijo Helga, amenazándole con la automática.

Nelson se acercó a ella aún más, diciendo:

—Déjeme decirle algo, Helga, se lo ruego...

—¿De qué se trata?

—De la verdad. Antes la he engañado. Le dije que no sabía nada de Wilma y Goring, pero mentí. Es tan terrible... Lo que ocurrió fue que Wilma mató a Goring, de dos disparos. Luego, Wilma quiso matarme a mí también, y no sé cómo conseguí huir, pero a pie, ya que ella disparaba. Y Wilma está aquí ahora, lo sé bien. La he oído hablar con Hesses y con Tolson. Están en la torreta. Tolson lo ha confesado todo.

Helga parecía muy desconcertada. Empezó también a ponerse de pie.

—¿Qué fantasías son esas, Ford? ¿Cómo sabe usted todo eso?

—Le daré la explicación.

Nelson se llevó la mano al oído, y recuperó el diminuto receptor que le había trasladado con absoluta fidelidad cuanto se había hablado en la torreta. Mostró el diminuto objeto en la palma de la mano, y Helga lo miró sin comprender aún, acercándose más y sin poder evitar que su mirada plena de desconcierto quedara fija en aquella especie de cascabel en miniatura. Por supuesto, Helga no era una espía experta. Era sólo una mujer inteligente, muy apta para la medicina. Helga sintió como si su mano derecha, de pronto,

quedase atrapada por una zarpa de acero. No tenía fuerzas ni para mover un dedo, se le paralizaba el brazo. Luego, notó el golpe, y la pistola cayó al suelo.

La boca de la doctora se abrió, en el inicio del grito, pero la otra mano de Ford cayó duramente sobre ella tapándola herméticamente.

—No sea estúpida —susurró—: puedo romperle el cuello solo con dos dedos. ¿Puedo contar con su silencio?

Helga le miraba con expresión desorbitada. Realmente, se sentía como metida entre barrotes, como atornillada por una fuerza salvaje, invencible. Por fin, pudo mover un poco la cabeza, en sentido afirmativo. Nelson retiró la mano de su boca, y le soltó la muñeca. Se quedó mirándola con el ceño fruncido.

—Se ha convertido en un problema, doctora. ¿Qué puedo hacer con usted?

—Supongo —jadeó ella— que siempre... se nos pueda ocurrir... algo agradable.

—¿Algo agradable? —Alzó las rubias cejas el agente del SAG—. ¿Qué cosa, por ejemplo?

—Es usted un hombre... muy atractivo, señor Ford.

—¡Oh...!

—Y en cuanto a mí...

—¿Sí? ¿En cuanto a usted...?

—Bueno, no creo ser precisamente desagradable.

—Cierto —sonrió de pronto el espía especial—. No es precisamente desagradable. Más bien diría que todo lo contrario. Pero quizá no sea éste el momento adecuado para tocar ese tema, ¿no le parece?

—Todos los momentos son buenos para ese tema —la doctora se tendió en la cama, lentamente, sin dejar de mirarlo—. Y estoy dispuesta a demostrárselo.

Nelson no reaccionó. Se limitaba a mirar amablemente a la mujer. Ella desvió la mirada, y comenzó a desabrocharse el traje especial. Cuando volvió a mirar a Ford, éste contemplaba con fijeza los encantos que ella le iba mostrando, con sabia lentitud. El *playboy* se acercó, y se sentó en el borde de la cama, inclinándose hacia la hermosa mujer, que suspiró:

—¿Vienes?

—Más bien, voy —rió secamente Ford—. Vamos, vamos, doctora. ¿Realmente cree que va a poder... entretenerme el tiempo suficiente para que sigan trabajando con Tolson, y que, incluso, lleguen aquí para sorprenderme?

—¡No es eso lo que deseo! ¡Desde que te vi, siento... como una llama dentro de mí que...!

—Habrá que llamar a los bomberos —se «espantó» cómicamente el agente del SAG—. ¡Cielo santo, un incendio en el castillo!

—¿Te estás burlando de mí?

—Mujer, no pretenderás que te tome en serio. En otras circunstancias, podría pensar que, en efecto, mi indiscutible atractivo masculino te había hechizado, y posiblemente los dos disfrutaríamos de la situación. En estas circunstancias, continuas siendo un problema, eso es todo. Un gravísimo problema, no puedes imaginarte lo que representa para mí que sepas tantas cosas de Nelson Ford.

—¡Pero si no sé nada!

—Sabes lo suficiente para empezar a atar cabos. Francamente, no sé qué hacer contigo.

—Pues mi sugerencia no es tan mala —sonrió maliciosamente Helga, alzando los brazos—. Vamos, no seas tonto: la vida sólo se vive una vez, hermoso macho. Tú y yo vamos a...

—A llamar a los bomberos, ya te lo he dicho —masculló Nelson, asiendo los brazos de ella y desprendiéndolos de su cuello—. Olvida todos tus intentos, sean realmente los que sean, y...

Nelson Ford respingó fuertemente, atragantándose con sus palabras, cuando en el aire apareció aquella cosa brillante, reluciente como la propia luz. Un hombre corriente, un hombre que no tuviese bien entrenados los reflejos, habría muerto allí mismo, degollado con el golpe de bisturí que lanzó velozmente la doctora.

Nelson Ford no era un hombre corriente.

Ni tenía sus reflejos atrofiados, ciertamente. Su salto hacia atrás, fue más que asombroso, increíble. Aún estaba describiendo el bisturí su reluciente arco cuando él estaba ya de pie junto a la cama. Estuvo así un instante. Luego, se inclinó rápidamente, para recoger la pistola..., al mismo tiempo que Helga, profiriendo un grito, saltaba hacia él, con el bisturí por delante.

Inclinado, Ford alzó los ojos, vio llegar el acero, y de nuevo se

sobresaltó. Justo cuando sus dedos se cerraban en la culata de la pistola de Helga, ésta chocaba contra él, y el bisturí pasaba rozando el cuello del agente del SAG. Cayeron los dos; hacia atrás Nelson, hacia delante la doctora, encima de él y alzando de nuevo el brazo, para descargar otro golpe. Parecía enloquecida, fanatizada. Aun así, Ford se resistió a dispararle, y optó por procedimientos menos brutales, arqueó el cuerpo poderosamente, de golpe, y Helga fue despedida hacia atrás. Cayó sentada, pero se puso en pie, inmediatamente, lanzando espumarajos de rabia, desorbitados los ojos, y se lanzó de nuevo contra el americano, barbotando:

—¡Yo te enseñaré a despreciarme!

Ford controlaba ya mucho mejor la situación. La recibió apoyándole la planta del pie derecho en el vientre, y colaboró en el impulso tomado por la propia doctora, que cabalgó sobre el pie de él un instante, y salió despedida por encima de la cabeza.

Nelson oyó el golpetazo del cuerpo de la doctora al caer unos tres metros más allá, y su gemido de dolor, brevísimo. Se revolvió inmediatamente, quedando de rodillas, apuntándola con la pistola.

—Está bien, ya basta de tonterías. Si insiste, en...

No dijo nada más.

Se quedó mirando a Helga Lettau, que yacía de bruces, inmóvil. Le veía la mejilla derecha y el ojo de este lado, muy abierto.

El *playboy* se puso en pie, se acercó, y se quedó mirando aquel rostro crispado, el ojo terriblemente abierto. Se acuclilló, y le dio la vuelta a la doctora, despacio. Ella cedió, blandamente, inerte, como muerta. Es decir, cedió con lógica puesto que estaba muerta. En la caída su brazo había quedado debajo del cuerpo, seguramente porque ella quiso parar el golpe con las manos, pero su peso fue demasiado, el brazo se dobló... El bisturí estaba clavado profundamente por debajo de la tersa curva del desnudo seno izquierdo.

Nelson movió la cabeza, con disgusto. Problema resuelto, desde luego, pero no se sentía en absoluto feliz por aquella solución.

«Tengo que desnudarla en seguida —pensó, de pronto—; antes de que sus ropas se manchen de sangre...».

Necesitaba aquellas ropas especiales con las que la doctora se había estado protegiendo de las radiaciones que emitía el desdichado Tolson. Era modelo único, de modo que podría

arreglárselas con él, pese a su estatura. Al menos, esperaba que podría arreglárselas.

Sus manos se movían firmes, veloces, quitando el traje a Helga, sin rasgar nada.

Debajo, Helga llevaba un «maillot», y leotardos negros, muy pegados a las piernas, a los muslos... Había sido exquisita, ciertamente.

Nelson, sin la menor vacilación, se colocó el traje y luego la mascarilla. Antes de ponerse los guantes, se colocó al oído el receptor, para tratar de captar algo.

Parecía como si se rompieran cristales.

Se puso los guantes, y tomó la automática.

Un instante más tarde, estaba pegado a la puerta de la habitación, escuchando. Salió al pasillo, y empezó a deslizarse hacia la parte delantera, donde estaban las escaleras de caracol que conducían a la torreta.

* * *

En el momento en que Wilma iba a apretar el gatillo de la automática, apuntando al pecho de Hesses, ocurrió algo que lo impidió.

Bachmann, desarmado, como el propio Hesses, considerando que las armas eran innecesarias en la torre, sólo podía recurrir a aquel ardid, y, por cierto, con éxito, puesto que lo que hizo fue empujar con fuerza la camilla, que rodó con violencia hacia Wilma, entre los gritos de Tolson. La bella recibió el impacto en la cadera izquierda, salió de lado, trastabillando, y fallando los dos disparos que efectuó. Las balas destrozaron los cristales de la ventana, tras atravesar los espesos cortinajes. De todos modos, la baronesa no cayó en manos de Hesses, que había atacado. Pudo esquivarlo, pero no pudo esquivar la camilla, que, con su peso, resultaba contundente. Bachmann la había empujado de nuevo, y la alcanzó, derribándola; la camilla siguió, hasta quedar detenida por la pared.

Rabiosamente Wilma se había vuelto contra Bachmann, y disparó de nuevo por dos veces. Los dos impactos practicaron sendos orificios casi en el centro del pecho de Bachmann, y lo tiraron contra la pared, donde rebotó, para quedar tendido en el

suelo, contemplando su propia sangre.

Mientras, Hesses, con un fulminante ataque, consiguió apenas rozar a Wilma, pero fue suficiente para que el terror la hiciera chillar.

El motivo no era otro que la pérdida de la mascarilla, que Hesses se llevó con su tremendo manotazo. A la desesperada, comprendiendo muy bien la fuerte contaminación que existía allí dentro, y el peligro que ello suponía, Wilma reaccionó corriendo hacia la ventana. Tiró de las cortinas, arrancándolas, y rompió los cristales, permitiendo el paso del aire.

No obstante, no descuidó a Hesses, disparando contra él; sin efectividad, pero impidiéndole acercarse.

Por otra parte, Hesses consideraba el peligro que existía de ser alcanzado por una bala, y su otra única alternativa, que era la puerta. Sin más vacilaciones, la abrió, y abandonó corriendo la torreta.

—Wilma... Wilma...

Wilma miró a Tolson. ¿Aún vivía aquel monstruo?

Sin hacerle más caso, Wilma pasó por el marco de la ventana, comprendiendo que no debía dar tiempo a Hesses para ir en busca de un arma y regresar, atrapándola de lleno en el descenso, entre hiedra y enredaderas. Ella tenía que llegar al suelo, y luego buscar a Hesses y anticiparse a él...

* * *

Hesses descendió a saltos las escaleras de caracol, y tras salvar el último peldaño, pareció tropezar contra una pared, al oír aquella voz:

—No se mueva de ahí, Hesses. Sitúese de cara a la escalera.

Hesses había entornado los ojos, mirando a Nelson Ford.

—¿Usted, señor Ford? ¡Esto sí que es asombroso!

—¿De veras se lo parece? ¿Dónde está Wilma?

—Está huyendo. Y deberíamos impedirlo.

—¿Por qué razón?

—Yo me estoy haciendo también muchas preguntas, señor Ford.

¿Qué significa su actitud?

Nelson esbozó una sonrisa que pareció congelar a Hesses.

Evidentemente, la transformación de Ford sólo estaba en su gesto, en su mirada de acero, en la frialdad de aquella sonrisa, más bien una mueca.

—¿No ve en mí a un ejecutor, Hesses? —inquirió.

—Creo que no es posible. Es, quizá, una de sus estúpidas bromas, Ford.

—Tal vez. Pero usted no revelará jamás lo que sabe, lo que ha averiguado por mediación de Tolson.

—¿Es usted de la CIA, Ford?

—Quizá.

Hesses se humedeció los labios.

—¿Ha estado jugando con Wilma? —murmuró.

—Naturalmente. En el bosque, la fui atrayendo hacia mí, y separando de ustedes, con una cuerna de caza. Yo provoqué ese encuentro. Lo demás... —sonrió secamente—. Bueno, de algo ha de servir el romanticismo estúpido de las mujeres: se impresionan con ridícula facilidad. ¿Qué ha pasado con Bachmann?

—Creo que ha muerto.

—¿Tienen más contactos en Viena?

—No.

—Quizá no he preguntado correctamente, Hesses. Sé que tienen contactos que le han proporcionado las drogas necesarias para el interrogatorio de Tolson. Lo que quiero saber, en concreto, es si queda alguien de su grupo en Viena que esté a la expectativa de los acontecimientos.

—Si Wilma huye, Ford, usted ha fracasado. Conoce el lugar donde están ocultos los documentos que robó Tolson en Nueva York. Y usted y yo sabemos muy bien la repercusión mundial que traerían esos documentos, al ser descubiertos. Nada menos que el arriendo por noventa y nueve años de una franja de tierra neutral. Se mandarían observadores imparciales a esa franja, y el mundo, asombrado y furioso, se enteraría de los planes de paz de Estados Unidos. Ustedes no son más que unos farsantes, Ford.

—Responda a mi pregunta: ¿le espera en Viena alguien más de su grupo?

—¿Es todo lo que necesita de mí?

—Todo.

—Supongamos que le digo que queda alguien.

—Tal vez deba enfocar el interrogatorio de otra forma.

—Inténtelo —sonrió Hesses.

Y antes de que Nelson pudiera abrir la boca de nuevo, entró en acción.

Su salto, con fuerza, de lleno contra la mano armada de Nelson, tuvo como consecuencia que éste quedara un tanto desplazado, con la muñeca derecha atrapada. El jadeo de Hesses le alcanzó en el rostro al mismo tiempo que encajaba el rodillazo que el otro le lanzó al bajo vientre, entre las ingles.

Nelson, que había palidecido, tuvo, no obstante, la suficiente serenidad, y potencia, para dar un violentísimo tirón con la mano apresada consiguiendo desplazar a Hesses, a quien lanzó contra la pared. Hesses volvió a la carga tras el rebote, pero sólo para recibir un seco zurdazo en el cuello, que le hizo tambalear, y luego caer de rodillas, ante el agente del SAG.

De todos modos, Hesses entendía que debía utilizar hasta su última gota de fuerza en aquella lucha, y aún de rodillas, se lanzó de cabeza contra Nelson, alcanzándole en el vientre y empujándolo contra la escalera de caracol.

Recibió, entonces, un punterazo en el cuello, que encajó con dificultades. No obstante, conservó los reflejos suficientes para esquivar el nuevo golpe, pero quedó en mala postura, acucillado, contra los peldaños en caracol, y con Hesses lanzado hacia él.

Se apartó un poco, y fue a disparar, pero recibió un terrible impacto en el hombro derecho que lo dejó paralizado por unos instantes, mientras Hesses le pegaba un rodillazo en la barbilla.

Hesses empezó a considerar que había ganado aquella baza, pero, en realidad, los golpes recibidos por Nelson Ford no significaban la menor mella en sus enormes facultades físicas. Por tanto, cuando Hesses estaba ya prácticamente encima de él se irguió de pronto, cargándolo sobre los hombros, para lanzarlo contra el suelo, al pie de las escaleras.

Hesses quedó aturdido un par de segundos. Luego, vio aquel pie que avanzaba hacia él, y rodó por el suelo, esquivándolo.

Y ya no se detuvo. Consideró que estaba muy cerca del recodo que le dejaría en el pasillo principal, y siguió rodando. Nelson Ford disparó contra él, pero Hesses, duro, entrenado, eludió el plomo, desapareciendo.

Nelson corrió tras él, y al doblar el recodo sintió un escalofrío al oír la risa ronca, feroz, de Hesses.

Por fortuna, Hesses cometió el error de reír. Y de ahí que el feroz golpe que lanzó contra Nelson, con un terrorífico sable, arrancado de una de las panoplias de adorno, fallase. Sin embargo, como consecuencia, Nelson perdió la automática, y luego recibió un golpe, de plano, en el hombro izquierdo.

Tuvo que retroceder, mientras Hesses, blandiendo el fuerte sable, le acosaba, chorreando sudor.

Se sucedían los mandobles que acorralaban a Nelson.

Por fin, Nelson quedó pegado de espaldas a la pared, y Hesses no cometía el error de acercarse demasiado. Le bastaba con acertar uno de los mandobles; uno solo, y decapitaría a Nelson Ford.

CAPÍTULO IX

Pegado a la pared, Nelson sabía muy bien que el golpe definitivo llegaría en cualquier momento. Por consiguiente, debía abandonar aquella peligrosa posición. Realizó un amago hacia la izquierda, donde, inmediatamente, fue a parar el tajo de Hesses. Pero Nelson no estaba allí: había saltado hacia el lado contrario, y luego hacia adelante, despegando la espalda de la pared.

No se detuvo.

En retroceso, se dirigió hacia la panoplia más cercana, donde había una antigua pica, de más de dos metros de longitud, con la punta un poco roma por el lógico desgaste, por la erosión del tiempo. Sin vacilar en lo más mínimo, tiró de ella, atrapándola luego con ambas manos, situándola en horizontal ante sí, muy a tiempo de detener el sablazo dirigido por Hesses, quien al ver a Nelson pareció redoblar sus energías.

Con serenidad, Nelson fue deteniendo los golpes. Sabía muy bien que antes de medio minuto Hesses sentiría el brazo derecho dolorido, agotado, sin fuerzas para seguir sosteniendo el sable.

Y, en efecto, Hesses, dando ya muestras de flaqueza, remitió un poco en los sablazos, mientras retrocedía, quizá para reponerse.

Nelson dejó de mantener la pica en horizontal: la agarró con ambas manos, y se abalanzó, como un lancero, contra Hesses, quien soltó un ronco grito. Le desconcertaron los movimientos de Nelson, y no supo esquivar el brutal lanzazo, que le derribó al suelo, perdiendo el sable.

Nelson llegó junto a él, y soltó la pica de punta roma para empuñar el sable y descargar rápidamente el primer golpe. Hesses quiso, detenerlo con las manos, y tres dedos saltaron por el aire, salpicando sangre a todos lados. Hesses gritó roncamente su dolor,

y el grito acabó convertido en un estertor de agonía cuando Nelson, con un fuerte golpe, le dejó el sable clavado en el pecho.

La punta doblada del sable había chocado contra el suelo, tras atravesar a Hesses, que se removía débilmente. Por fin, se le llenó la boca de sangre, y quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, vidriosos.

Nelson le miró unos instantes, y luego se dirigió hacia la escalera de caracol. Antes de iniciar el ascenso, recuperó su pistola, y se aseguró de que su equipo aislante no tenía fallo alguno.

Llegó frente a la puerta de la torreta, abrió, y pasó al interior. Penetraba aire por la ventana abierta.

El agente del SAG miró a Bachmann, que estaba caído, completamente inmóvil. Ni siquiera hacía falta cerciorarse de que estaba muerto. En cuanto a Tolson, estaba sobre la camilla, en un rincón, de cualquier manera. Tolson respiraba aún.

Nelson se acercó.

—Tolson —llamó.

La respiración del moribundo se hizo un poco más fuerte.

—¿Me oye, Tolson?

—Sí... Sí...

—Tengo algo que decirle: soy su verdugo.

—Ya... ya he dicho dónde están los...

—Lo sé, Tolson, lo sé... Pero usted merece la muerte por varios motivos. No voy a enumerarlos, porque temo que se muera sin que yo haya expuesto todos esos motivos. Digamos sólo uno: traición. Usted no podía ignorar que dejaba sus huellas. Y, en su caso, nada menos que huellas radiactivas.

—Yo... yo... no... no quería...

—No tiene nada que decir. Y matarle, en realidad, es hacerle un gran favor. Usted ya no es más que un monstruo condenado a vivir unas horas en la más espantosa agonía. Pero voy a ahorrárselas.

Y tiró contra Tolson. Una sola vez.

Luego, Nelson miró en torno.

Nada de lo que había allí le interesaba lo más mínimo. Se acercó a la ventana, y echó un vistazo al exterior, pegado al marco. Miró atentamente la parte que dominaba desde aquella ventana, sin ver nada que tuviera movimiento propio. En cuanto a las caballerizas y demás, estaba lo suficientemente alejado del castillo; ni siquiera

llegaba la luz.

Y tras reflexionar unos instantes, comprendió que ya era muy poco lo que quedaba por hacer.

* * *

Ya en el interior del castillo, a oscuras, Wilma sentía que la tensión la tenía demasiado rígida. No había nadie allí, al parecer. Nadie se movía, no había luces. Algo extraño debía estar ocurriendo, ya que a su entender lo lógico hubiera sido que Hesses y la doctora Lettau salieran en su búsqueda, Hesses no tenía otra alternativa que atraparla, cerrarle la boca para siempre.

No obstante, ni rastro de Hesses, ni de Helga Lettau.

Wilma tuvo que moverse. Tenía que cerciorarse de lo que sucedía.

Desde el vestíbulo del castillo, silenciosa, como una sombra, se deslizó hacia la escalera, y fue subiendo. Por su parte, ella no quería dejar atrás enemigos de la talla de Hesses. Además, éste podía adelantarse para recoger los documentos, o sorprenderla en Correos.

Llegó por fin al pasillo que daba acceso a los dormitorios de aquella ala del castillo. Apenas vela. No obstante, sí distinguió un bulto tirado en el suelo. Se acercó, y respingó vivamente al reconocer a Hesses. Se mordió los labios, al ver el sable clavado salvajemente en el pecho.

Quien mataba de aquella forma, era un enemigo de cuidado, de eso no cabía duda.

Por lo demás, Hesses había dejado de ser un estorbo. ¿Y Helga?

Quizá era cosa de Helga...

Se le ocurrió mirar las habitaciones de Helga y Hesses, sin resultado alguno. Luego, decidió echar un vistazo a la torre. Al pasar por delante de la puerta del cuarto donde había pasado la noche anterior con Nelson Ford, sonrió, consiguiendo incluso dulcificar su expresión.

Siguió su camino.

Subió por la escalera de caracol, llegando hasta la torre. Todo seguía como ella lo había dejado. No... No todo. Se acercó un poco a Tolson, observando que tenía el rostro lleno de sangre. Alguien le

había disparado a la frente. Helga, por lo visto, no quería dejar a nadie con vida detrás de ella: justo lo que pensaba hacer la propia Wilma, cuya mente trazó de inmediato un plan de acción.

Pero tenía que salir del castillo. Inmediatamente. Ya se vería si Helga era más inteligente que ella.

Antes de salir, Wilma tomó uno de los aparatos que había en la estancia. Sí, necesitaba cerciorarse de algo... Ere un aparato de bolsillo, en realidad; no tendría dificultad alguna para llevárselo.

Y si Helga estaba por algún sitio del castillo, buscándola, iba a perder el tiempo. Lo primero que haría Wilma sería salir del castillo, correr en busca del coche, que había dejado a suficiente distancia de allí, y alejarse de Helga. Helga, después de todo, no había estado presente cuando Tolson declaró, y quizá ignoraba muchas cosas...

¡Adiós, Helga...!

* * *

A Wilma la mortificó no poco el hecho de llegar a la cabaña, en la nieve, y encontrarse a solas. Nelson, simplemente, se había ido. Y aquello podía significar peligro. Nelson, asustado, incluso podía haber avisado a la policía.

Allí, en el hogar, se estaban ya consumiendo los leños; apenas quedaba otra cosa que cenizas rojizas. En cuanto al cadáver de Goring, no estaba, hecho que llenó de dudas, de confusión, a Wilma. Y ésta, de momento, lo único que hizo fue echar más leña al fuego; leña de la brazada que había traído Goring antes de morir. Luego, encendió un cigarrillo, y fue hacia el mueble-bar, para servirse un poco de algo fuerte. Vodka estaba bien, en aquellos momentos.

Escanció un poco en un vaso, y sorbió con prudencia.

Se mordió con fuerza los labios, pensando en Nelson. La había abandonado, no cabía otra explicación. Y antes de poner en práctica su propia huida, su desaparición. Wilma entendió que debía, por fin, saber a ciencia cierta a qué atenerse con respecto a su exposición a las radiaciones en la torreta. Así que pasó al dormitorio del refugio, donde todo era rustico, pesado, sobrio, y se desnudó rápidamente. Una desnudez completa. Frente a ella, había

dejado el objeto que se había llevado de la torreta. Se fue acercando al objeto, siempre atenta a cualquier sonido, o al movimiento de las agujas de las esferas.

El aparato no registraba sonido alguno, y las agujas de las esferas permanecían inmóviles, lo cual arrancó un suspiro de alivio a Wilma: no había contaminación. El contador «Geyger-Müller» no apreciaba radiación en el cuerpo desnudo de Wilma. Un magnífico cuerpo, tersa la piel, con unos muslos perfectos, con aquellos senos erguidos...

Oyó la llamada en la puerta de la cabaña.

Miró en torno, como acorralada.

Y reaccionó vivamente luego, poniéndose una rara capa muy larga con exóticos flecos, que en realidad era una especie de manta para las piernas en épocas crudas en la nieve. Tomó también la automática, con la mano izquierda, la ocultó entre los pliegues de la capa, y se dirigió hacia el vestíbulo-salón, donde estaba la puerta principal. Pensó echar un vistazo por la ventana, pero la llamada insistía...

Abrió.

La mano que empuñaba la pistola quedó quieta a mitad del movimiento para sacarla a la luz, mientras que los ojos de Wilma se abrían expresando súbita alegría.

—¡Nelson! —exclamó—. ¿De dónde vienes?

—Salí... Quería despejarme, dar un paseo, pensar... Enterré a Goringe con nieve. No me gustaba la idea de tenerlo aquí toda la noche. He estado paseando por el bosque. Tengo frío...

—¡Oh, pasa, amor...! Siéntate ante el fuego. ¿Vodka?

—Sí, gracias, lo necesito...

Entró, ella cerró la puerta, y antes de seguir hablando fue a servir el vodka a Nelson, quien lo agradeció con la mirada. Unos ojos que mostraban cierto espanto aún. Wilma se sentó junto a él en el sillón, frente al fuego. Los leños ya habían prendido, y crepitaban alegremente. Las llamas enrojecían sus rostros.

—No sabía qué hacer, Wilma —musitó, por fin, Nelson—. Hasta me parecía todo mentira, una fantasía de mi pobre cabeza. Ni pensé que de verdad fueras a regresar, pero hace unos minutos, oí el coche, y aquí estoy.

Ella le rodeó el cuello con ambos brazos, y le besó en los labios,

con fuerza. Se separó un poco para mirarle a los ojos, y le volvió a besar. La capa se iba deslizando, de modo que de cintura para arriba Wilma estaba desnuda. Nelson se estrechó contra ella, besándola, acariciándola.

—Wilma..., ¿qué pasará ahora? ¿Qué será de nosotros? ¿Has... matado a... a ellos, a Hesses, y...?

—No debes preocuparte por ellos, querido mío. Están muertos. Sólo debe quedar Helga con vida, pero no podrá hacernos daño. Amor, tranquilízate... Ya nada ocurrirá...

—He pasado mucho miedo, Wilma. No sé por qué he vuelto a la cabaña... No lo sé. Mi vida es muy distinta. Superficial, absurda, lo sé bien, pero tengo miedo a salir de ahí. ¿Lo comprendes? Yo sé desenvolverme en mi mundillo. No hace falta inteligencia, basta con tener dinero. Me resulta pavoroso lo demás.

—Y yo debo huir, Nelson... Debo pensar que no te atreves a dejarlo todo por mí. Oh, no te pido que dejes de ser un hombre honorable por mí. Sería exigir un imposible, no tiene sentido. Sólo te pido que no te separes de mí tan pronto. Mañana, temprano, me ausentaré. Cuando regrese, ten preparada una respuesta para mí, te lo suplico.

—¿Te ausentarás? ¿Adónde irás? ¿Qué has de hacer?

—Nada importante, de veras. Es decir, nada que encierre peligro. ¿Tendré tu respuesta, Nelson?

—Esta noche, ahora, sé que te quiero..., pero también sé que tengo mucho miedo. ¿No me desprecias, por cobarde?

Wilma cerró los ojos. Sus manos se alzaron la capa entonces.

—No... No, Nelson —musitó—. Yo, en tu lugar, también lo tendría. Sé muy bien lo que significa para una persona pasar de una situación sólida, estable, cómoda, incluso respetable, a una situación de angustia, de culpabilidad... Es mi caso. Por culpa de aquel hombre, de Tolson, yo me veo obligada a huir, y a abandonarlo todo. El castillo está lleno de cadáveres, Nelson... Tengo que huir. Por fortuna, obtendré mucho dinero de un asunto. Pero me perseguirán, tendré que ocultarme. Por ahí, por el mundo; como antes. Como cuando traficaba con estupefacientes.

—¿Y... quieres eso para mí, Wilma?

—Te he dicho que no te exijo tanto. Sólo que no me dejes ahora.

—Pensaremos los dos. Algún camino encontraremos.

—Yo no tengo muchos caminos, Nelson. ¿Te das cuenta de que soy totalmente sincera contigo?

—Sí. O casi totalmente.

—Pareces cansado... ¿Quieres dormir?

—No sé si podré conseguir dormirme.

—Inténtalo. Yo me quedaré en el sillón, delante del fuego. Aunque..., si me pides otra cosa... Yo lo deseo con todas mis fuerzas, Nelson.

Le abrazó de nuevo, y se besaron. Durante mucho rato permanecieron delante del alegre fuego, que les proporcionaba un grato ambiente. La capa estaba caída en el suelo, cerca de la piel de oso que hacía las veces de alfombra, sobre la cual se habían tendido...

Cerrados los ojos en aquellos momentos, Nelson Ford tomó una decisión: Wilma Rilke, baronesa von Weyss viviría. El no tenía suficientes motivos para decretar su muerte. Wilma, por otra parte, desconocía la auténtica personalidad de él, sólo sabía que era un *playboy* multimillonario, cuya meta era el placer. Sólo eso. De modo que su secreto como agente del Special Agents Group estaba asegurado...

CAPÍTULO X

No hacía mucho que había amanecido, cuando Wilma despertó. Se encontró sobre el lecho, bien arropada; las mañanas eran muy frescas en las montañas nevadas. Debió dormirse sobre la piel de oso, abrazada a Nelson...

El no estaba a su lado, no obstante, aunque en el lecho había huellas de que alguien había dormido junto a ella.

—Nelson —llamó.

No hubo respuesta.

Miró hacia el vestíbulo, a través de la puerta entornada, saltó de la cama, y se puso la exótica capa, con la que se arrebujó, para salir al *living* de la cabaña. Allí no estaba Nelson. Y el fuego estaba consumido, hacía frío... El día, de todos modos, sería magnífico, ya que el cielo aparecía totalmente despejado, aunque el sol, de momento, no era más que medio disco rojizo que parecía no tener prisa en asomar totalmente.

Tal vez Nelson había ido en busca de leña...

—¡Nelson!

Le buscó por todo el contorno, inútilmente.

Y allí estaba el coche. Era extraño...

Desconcertada, regresó a la cabaña. Fue en busca de cigarrillos, y entonces descubrió aquella nota, debajo de la caja. La tomó, olvidando los cigarrillos por completo. Y a medida que iba leyendo, sus manos fueron adquiriendo más temblor. Luego, un sollozo escapó de su garganta, y fue a sentarse, quedando con la mirada, húmeda, llorosa, fija en el hogar sin fuego.

Releyó la nota, no muy larga, pero sí expresiva:

«Amor mío: Quisiera decirte muchas cosas, darte muchas explicaciones. Todo lo que puedo decir en mi descargo, sin embargo, es que soy un cobarde. Un auténtico cobarde. Con esto, creo que lo comprenderás todo.

»Quisiera tener valor para amarte, sin pensar en nada más. Lo siento tanto... Por lo demás, no debes temer de mí. Nunca te delataré. Guardaré tus secretos para siempre. No lo dudes ni un instante. Me aterra tanto pensarlo, que creo que lo primero que haré será dedicarme a olvidar lo de Goring y los otros. Y nunca te olvidaré».

No había firma, pero tampoco era necesaria.

Encendió el mechero que había sobre la mesita de centro, y prendió fuego a la nota, llorando en silencio, con gruesas lágrimas. Y así, durante toda una larga hora, en la que no se movió; tan sólo sus lágrimas tenían vida.

Por fin, miró el reloj de péndulo y cadena que había en un tabique de la cabaña. Las siete y cuarenta y cinco minutos de la mañana. Tenía el tiempo justo para arreglarse, para su plan preconcebido. Tenía los documentos, es decir, millones de dólares. Pero no tenía 8 Nelson...

Lentamente, apagada, como si se estuviera extinguiendo, Wilma Rilke, baronesa von Weyss, fue al dormitorio. Allí tenía sus cosas. Se sentó delante del espejo del tocador, y empezó a arreglarse, a realizar un raro maquillaje, que la desfiguró en unos minutos. Parecía más gruesa de rostro, más vieja. Los ojos, por medio de la aplicación de pupilas sintéticas, adquirieron un tono marrón, vulgar y húmedo, algo triste. También se cambió el color del cabello. Por último, las ropas. Parecía una provinciana de compras por la ciudad, cuando se miró al espejo por última vez. Una mujer casi de cuarenta años, sin el menor relieve físico.

Lo último, fue tomar el bolso, la automática... También se puso el reloj de pulsera. Para comprobar la hora, salió al *living*. El viejo reloj de péndulo y el suyo de pulsera marcaban la misma hora: las ocho y diez minutos.

Llegaría a Viena, después de las nueve.

Tenía el tiempo justo. Helga podía adelantarse a ella... Y podía existir peligro en la oficina de Correos. Wilma ya tenía previsto huir, sin más complicaciones, si podía tomar los documentos. Si Helga llegaba antes, aún habrían más complicaciones.

Echó un vistazo por la cabaña.

Bien, allí sólo dejaba una noche feliz, muy feliz, con Nelson, Nada más. No volvería jamás por aquella cabaña, aunque le sería muy difícil olvidarla.

Salió al exterior. Allí estaba el coche.

Ya sin perder más tiempo, se situó frente al volante, puso el auto en marcha, y emprendió el camino hacia la carretera de Semmering. Tendría que apretar el acelerador a fondo, puesto que el tiempo transcurría veloz.

Y era importante adelantarse a Helga; muy importante.

* * *

La mujer provinciana parecía un poco aturdida por el ajetreo que había en el Palacio de Comunicaciones de Viena, en el casco antiguo, en Innere Stadt, muy renovado tras la destrucción causada por los bombarderos rusos durante la Segunda Guerra Mundial.

La gente iba y venía, se movía con rapidez por el amplio palacio. Nadie, por supuesto, prestaba la menor atención a la provinciana. Y ésta, por su parte, estaba muy atenta a la posible aparición de Helga.

Helga podía haberse caracterizado también. Era muy probable. No obstante, Wilma no captaba personaje alguno capaz de ser relacionado con Helga. En cuanto al sótano, donde estaban los apartados con combinación, era lo menos concurrido del gran Palacio de Comunicaciones. El reloj del Palacio estaba dando unas campanadas en aquellos momentos, en las que Wilma ni siquiera reparó.

Se decidió, por fin.

Todo estaba a su disposición. Se encontraba casi a solas en el sótano, con suelo de mármol, hileras de cajas, alfombras, excelente iluminación.

Tenía todos los datos para llegar hasta la caja. Ella supo decir un

par de mentiras bien urdidas, sin dificultades. Hasta hubiera podido ahorrarse las preguntas.

Pero ya estaba allí, un poco nerviosa. Sus guantes, de espuma, negros, vulgares, estaban cubriendo unas manos temblorosas, de palmas húmedas.

La combinación:

RWT-40.

Estaba hecho. La caja estaba abierta. Y nadie se había fijado en ella. Normal. Allí, el público no iba a perder su tiempo.

Y Wilma, con los ojos muy abiertos, aturdida, sin comprender, miraba aquella caja vacía.

¡Completamente vacía!

Ni un papel, ni un rastro, ni una huella...

El más desolador y absoluto de los vacíos.

—¿Le ocurre algo, señora? —inquirió una voz junto a ella.

Casi gritó, girando hacia el empleado.

—¿Cómo... cómo dice...?

—No tiene muy buen aspecto, señora. Si puedo ayudarla...

—No. No, no... Muchas gracias, no es nada. Oh, espere... ¿Ha visto a mi esposo abrir esta caja, o quizá a su secretaria? Es una mujer muy bonita, morena, con...

—Lo siento, señora. No he visto a nadie. Y sólo he abandonado mi puesto quince minutos. Recuerdo que fue a las nueve y cuarenta minutos cuando...

—¡Un momento...! Las nueve y cuarenta minutos son, ahora.

El empleado se desconcertó un poco.

—Temo que está en un error, señora... Son las diez y cuarenta minutos.

Wilma miró el reloj de pulsera. Marcaba las nueve cuarenta. Miró el del empleado, que, en efecto, marcaba las diez y cuarenta minutos. Es decir, era una hora más tarde, exactamente, de lo que marcaba el reloj de Wilma, que estaba completamente helada.

—¿Puedo ayudarla en algo? —insistió el hombre, mirándola con curiosidad.

—No, muchas gracias...

Se alejó. No quería permanecer allí. La solicitud del empleado, junto con su actitud, podían despertar la atención.

Era una estúpida. ¡Mil veces estúpida...! Lo había perdido todo,

absolutamente todo, por un pequeño detalle de falta de atención. Un detalle tan insignificante como equivocarse la hora. Lo recordaba bien. El día anterior, había llegado a la cabaña con Goring y Nelson, antes del almuerzo. El reloj de péndulo estaba parado, y ella misma lo puso en hora. Lo recordaba bien: las doce y treinta y cinco minutos. ¡Y lo atrasó una hora, por error! Y tan insignificante, absurdo, y estúpido detalle, la arruinaba. Lo había perdido todo. Helga, por supuesto, había estado allí una hora antes. Debió vigilar al empleado, y...

Por tan estúpido error, todo perdido. Y Wilma, por la calle, lloraba rabiosamente, pensando que tan sólo le quedaba su propia vida... Y esto, porque no sabía aún que, con su visita a la torre contaminada donde había muerto Tolson, sin llevar el traje protector, había procurado un final horrible..., y no muy lejano.

* * *

La gente, en el salón del palacio de Eugenia Nahrada, en Nussdorf, en las afueras de Viena, estaba algo impaciente. Eugenia, con su silla de ruedas, iba dando vueltas, sonriendo a todo el mundo.

—Pero de una vez, Eugenia, ¿a qué sorpresa te refieres?

Una mujer la retuvo por las manos.

—Me tienes intrigadísima. Eugenia...

Eugenia reía, alegre.

—Paciencia, paciencia, queridos...

—¿Y por qué no está aquí Nelson? —inquirió una bellísima rubia.

—Ah... ah...

—¿Nelson es la sorpresa? —inquirió la rubia.

—En cierto modo.

—Bien, ya es algo... Creíamos que nos había abandonado.

—Nada de eso. Ha estado en París.

Muchos pusieron cara de asombro.

—¿En París?

—Como os digo. En París. Por encargo mío. Nelson es tan amable... ¡Es un amigo excepcional!

—¿Y qué ha ido a hacer a París?

—Lo explicaré cuando...

Llegaba un criado, que se acercó a Eugenia, y le dijo algo discretamente. Ella respondió, el criado se alejó, y todos pudieron ver la cara resplandeciente de Eugenia. Y aun resplandeció más cuando el *play-boy* Nelson Ford apareció ante ellos con la más estúpida de sus sonrisas. Llevaba un gran paquete bajo el brazo derecho.

—¡Ya estoy aquí, amigos! ¿Alguien ha notado mi ausencia?

Hubo bromas, risas, preguntas... Todo el mundo rodeaba a Nelson, todo el mundo preguntaba qué contenía el paquete, y él se mostraba misterioso, reacio a hablar de ello.

—... Pero ya está bien: insistís demasiado, queridos, así que voy a complacerlos. En este paquete traigo veinte libros. Escuchad esto: es una deferencia muy especial, muy delicada, sólo producto de un alma como la de Eugenia. Los volúmenes son poesías de una autora para la cual pido un fuerte aplauso, lleno de emoción...

Hubo aplausos, pero también algún berrido, más preguntas, escándalo.

—¡Me refiero a Eugenia! Me pidió por favor que volase a París, para recoger de manos de su editor los primeros veinte ejemplares que han salido de la imprenta. ¡Estos primeros veinte ejemplares son para vosotros! Yo estoy emocionado... Eugenia, en sí, ya es poesía...

—¡Maldita sea! Entonces, ¿ésa era la sorpresa? ¿El libraco de poesías? —graznó uno.

—Son poesías ejemplares, aunque no lo creáis —dijo—. Y la autora, Eugenia Nahrada, quiere hacer las cosas como se deben. Por tanto, antes de hacer entrega de un libro a cada uno de vosotros, Eugenia estampará su autógrafo.

La cosa cayó bien; en realidad, porque lo había hecho Nelson.

Qué demonios de poesías ni qué...

Pero Nelson estaba allí, y todo volvía a ser vida.

ESTE ES EL FINAL

—En resumen —murmuró Eugenia—, que sigues sin querer decirme de qué ha tratado este asunto.

—No te pierdes nada que pueda contribuir a tu felicidad —aseguró Nelson, mirándola amablemente.

—¡Oh, no! —exclamó Eugenia, con cómico gesto de alarma—. ¡No estarás pensando en seguir contándome historias del Lago de las Sonrisas...!

—¿Por qué no? Son mucho mejores que la que tanto te interesa. Aquéllas son gentes sencillas y felices...

—¿Aunque corten cabezas?

—No, no —respingó Nelson—. Los que cortan cabezas son los «naga», no los habitantes del Lago de las Sonrisas. Éstos son los que, cuando menos te lo esperas, te obsequian con una sonrisa y una flor.

—Pues no aprendiste mucho de ellos, francamente —refunfuñó Eugenia.

Nelson Ford frunció el ceño. Luego, se alejó unos pasos, cortó una flor, y regresó ante Eugenia, que yacía en su silla de ruedas. Le tendió la flor, sonriendo.

—Siempre se está a tiempo de aprender —dijo.

—Gracias —tembló la voz de ella—. Gracias, gracias...

—Tengo... algo más para ti —musitó el agente del SAG.

Sacó la billetera, y de ella extrajo un papelito, que alargó hacia Eugenia. Ésta lo tomó, y, a la luz que llegaba desde la casa, ahora silenciosa y vacía, pudo leer las palabras escritas en mayúsculas:

TE AMO

—Guardaste mi nota —lo miró vivamente—. ¿No te parece que eso fue una imprudencia, agente Ford?

—Quizá. Pero también, una comodidad. Pensé que si guardaba tu nota, me ahorraba escribirla yo.

—No... no comprendo...

—Te devuelvo la nota con el mismo significado con que tú me la dejaste, Eugenia. Y no me digas que no comprendes.

—Dios mío... ¿Quieres decir que tú me dices a mí... que me dices... que me amas?

—Así es.

—No es verdad... ¡No es verdad, me estás engañando!

—Te comprendo —murmuró Nelson—. Precisamente por eso nunca quise decírtelo antes: temía precisamente esto: que creyeses que no te estaba ofreciendo amor, sino compasión, simpatía..., ¡qué sé yo! Y no es eso lo que te ofrezco, Eugenia. En estos días he tenido que., convivir con personas que me han obligado a hacer cosas que no hubiese querido hacer...

—¿Como la baronesa? —susurró Eugenia.

—Sí.

—Pero, Nelson, eso no tiene importancia... ¡No la tiene!

—Para mí, no. Y me alegra que tú pienses del mismo modo. A mí, personalmente, me ha servido todo esto para comprender que te amo, y que es absurdo y cobarde negarme a admitirlo, y alejarme de ti sin decírtelo. Te amo, Eugenia.

—¿Y quieres... casarte conmigo?

—¿Qué importa eso? Nos casaremos o no, según tu deseo.

—No veo por qué no hemos de... legalizar socialmente nuestra vida en común —sonrió ella.

—De acuerdo, entonces.

Nelson Ford se inclinó, y besó a Eugenia en los labios, lentamente. Era como besar a la vida misma; la dulce, suave, tierna vida que se vive siempre que hay amor en ella...

—Yo... yo también tengo algo para ti —dijo Eugenia, después del beso, y tras oler la flor—. Una sorpresa.

—Estoy seguro de que, viniendo de ti, será una sorpresa agradable.

—Espero que sí... Todo será siempre agradable entre nosotros,

Nelson. Será como si siempre estuviésemos viviendo en el Lago de las Sonrisas. Nosotros, y todo el mundo, puede vivir así, si realmente lo desea. ¡Se debe ser tan feliz en el Lago de las Sonrisas!

—Estemos donde estemos —sonrió Nelson—, viviremos en nuestro Lago de las Sonrisas. ¿Cuál es tu sorpresa?

Eugenia aspiró hondo, y, de pronto, se puso en pie. El agente del SAG se quedó mirándola, atónito. Abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, señaló a la muchacha con un dedo, señaló luego sus piernas, la miró de nuevo a los ojos...

—¡Dios mío! —exclamó por fin.

—No es un milagro —casi tartamudeó Eugenia—. Comencé a poder caminar muy poco después del accidente, en realidad. Pero..., ¡te amaba tanto! Y me parecía... Bueno, me parecía que tú también sentías algo por mí, antes del accidente. Pero, entonces, todo habría sido fácil y vulgar: una chica más para el *playboy* internacional Nelson Ford. Me dije que en circunstancias normales, quizá lo nuestro no habría durado, y entonces, preferí que nada ocurriese entre nosotros. Pero cuando tuve el accidente, pensé... que era una buena ocasión para saber si realmente me amabas, o yo iba a ser una de tantas «chicas Ford». Por eso, he estado... probando tu amor, incluso provocándote, como la otra noche, en mi dormitorio. Nelson, fuiste... fuiste tan cariñoso y delicado... Y hoy, ahora mismo..., he sabido que... que tu amor es auténtico, y que... y que... ¿Estás enfadado?

—Enfadadísimo... ¡Si te parece iba a preferir que fueses toda la vida una inválida!

—¿No estás enfadado? —exclamó gozosamente Eugenia—. ¿Y me sigues amando... como cuando era inválida?

—Eres una niña traviesa —refunfuñó Nelson, abrazándola—. Habrá que buscarte un castigo adecuado, supongo.

—Pero eso, será mañana. Hoy... Bueno, es ya muy tarde, y hace frío aquí fuera... ¿Me acompañas a mi habitación?

—Bueno. Pero...

—¿Pero sólo hasta la puerta? —rió Eugenia.

—Precisamente, iba a decir todo lo contrario —susurró el agente del SAG.

FIN

Jerry Cotton

LA NOVELA
POLICIACA
DE MAS EXITO
EN TODO
EL MUNDO

BRUGUERA



INSTRUCCIONES PARA PARTICIPAR EN EL CONCURSO GANE 1 MILLÓN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A., sorteará el último día hábil de cada mes, durante el primer semestre de 1985, 1 millón de pesetas entre todos los lectores que hayan enviado debidamente rellenado el cupón que figura en la tapa posterior de las novelas.

En dicho cupón ha de constar también el punto de venta dónde se ha adquirido el ejemplar, ya que el vendedor del cupón logrará un premio de 250.000 pesetas.

los cupones deberán enviarse a **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Apartado de Correos 9475, Barcelona.

Pueden enviarse todos los cupones que se desee, los cupones participantes en un sorteo serán destruidos al finalizar éste.

Los sorteos se efectuarán ante un notario de Barcelona y los ganadores que resulten de cada sorteo (comprador y vendedor) recibirán notificación notarial de su premio. Editorial Bruguera, S. A. publicará el nombre de los ganadores en las últimas páginas de todos los bolsilibros que edita.

Este concurso sólo es válido para territorio español.

Según las normas de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**, en este concurso no podrán participar los empleados y familiares de los mismos.

NOTA:

Las novelas en las que no figure el cupón de la parte posterior también sirven para participar en este concurso. Solicite de su vendedor habitual un cupón, adjúntelo con la tapa posterior de la novela y envíelo a Editorial Bruguera, S. A. Apartado de Correos 9475 de Barcelona. Puede participar con todos los cupones que desee, siempre que cada cupón vaya acompañado de su correspondiente tapa.

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE

POBLACION

PROVINCIA.....



8 410018 024127

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA





Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...